



UNAM IZTACALA

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

“Análisis del uso y sentido del concepto de homosexualidad en
psicología: una perspectiva interconductual”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A

DAN ALEJANDRO SERVÍN MIRANDA

Director: MTRO. JUAN ANTONIO VARGAS BUSTOS

Dictaminadores: MTRO. ÁNGEL FRANCISCO GARCÍA PACHECO

LIC. MARCO VINICIO VELASCO DEL VALLE



Los Reyes Iztacala, Edo de México, 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

La presente investigación marca el final de cuatro años de licenciatura y representa el resultado de un esfuerzo académico que comenzó mucho antes de ingresar a la licenciatura. Este recorrido ha demandado trabajo y sacrificios acompañados de momentos divertidos y grandes satisfacciones. Todas estas experiencias involucran a personas muy especiales que me han acompañado dentro y fuera del área académica.

Mi madre, mi padre y mi abuelita me han apoyado de todas las formas imaginables para que yo lograra esto. Sus correcciones, felicitaciones, paciencia y todo lo invertido en mi han sido factores fundamentales para que yo pueda estar escribiendo estos agradecimientos. Los consejos de mis tíos, los comentarios de mis primos y el apoyo de toda mi familia me han alentado y ayudado a esforzarme cada día un poco más. Pero son mis padres y mi abuelita quienes siempre han estado conmigo cuando lo he necesitado. Mis amigos y compañeros han sido una influencia directa o indirecta durante todo el recorrido académico que he realizado. Sería difícil mencionarlos a todos, pero cada uno me ha aportado algo valioso y algunos de ellos me han hecho disfrutar de las clases y de la vida en general.

También quisiera agradecer a todos aquellos profesores que me han orientado para saber qué es lo que quiero y lo que no quiero ser como persona y como profesional. Cada corriente psicológica, cada práctica y cada clase ha terminado por moldear gran parte del profesional que busco ser.

El contacto con mi familia, amigos, compañeros y profesores no siempre ha sido el que deseo, pero muchas veces no sabemos lo que es mejor para nosotros mismos. Principalmente le agradezco a Dios el que me haya brindado la oportunidad de conocer a todas estas personas, porque creo que Él es quien ha permitido que se crucen en mi camino para así formar lo que soy ahora. Finalmente todas estas experiencias son las que nos forman como individuos.

ÍNDICE

Resumen	4
Introducción	5
Capítulo 1: Breve Historia de la Psicología	18
1.1 Los griegos	18
1.2 Edad Media	22
1.3 El Renacimiento y Descartes	24
1.4 La ilustración y la psicofisiología	27
1.5 Comienzo de la psicología moderna	30
1.6 La psicología soviética	32
1.7 Las tres grandes escuelas	33
1.8 Evolución y fusión de teorías	38
1.9 El interconductismo	39

Capítulo 2: La Homosexualidad y sus Definiciones	46
2.1 Concepción biológica de la homosexualidad	47
2.2 Concepción psicológica de la homosexualidad	52
2.3 Concepción social de la homosexualidad	58
Capítulo 3: La Sexualidad y su Diversidad	64
3.1 Heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad	65
3.2 Otras formas de sexualidad	70
3.3 Prácticas no sexuales asociadas a la homosexualidad	75
Capítulo 4: Perspectiva Interconductual sobre la Homosexualidad	78
4.1 Especificidad de conceptos	79
4.2 La homosexualidad como conducta o como preferencia sexual	81
4.3 Influencia social en los conceptos de homosexualidad	84
4.4 Desarrollo de las funciones	85
Conclusión	90
Bibliografía	99

RESUMEN

Aunque en la psicología la homosexualidad es un tema recurrente, con el paso del tiempo ha sido abordada de diferentes maneras, pasando de ser catalogada como una enfermedad o un trastorno mental a ser considerada como una característica innata o el producto de alguna experiencia traumática, evidenciándose la relatividad en torno a este concepto.

El concepto de homosexualidad en la psicología carece de consenso y exactitud, por lo que no puede considerarse parte de un vocabulario científico, situación que puede carecer de relevancia para teorías psicológicas enfocadas en aspectos subjetivos o mentalistas, pero para la psicología científica (como lo es la propuesta interconductual) no hay cabida para concepciones de este tipo, porque a diferencia de otras corrientes psicológicas con objetos de estudios marcados por el dualismo, el interconductismo se enfoca en las interacciones entre el individuo y su entorno, buscando evitar el uso de conceptos preconcebidos o multívocos en sus explicaciones y postulados.

En esta investigación encontramos que las diferentes formas en que la psicología ha concebido la homosexualidad no solamente son el producto del paso del tiempo y evolución de ideas, sino que dependiendo de la corriente o teoría psicológica desde la que se analice este concepto se podrán encontrar perspectivas muy diferentes entre sí. La manera en que las diferentes teorías psicológicas abordan a la homosexualidad está determinada por factores culturales e ideas preconcebidas como el simple hecho de asumir a la homosexualidad como una condición o hasta como una anormalidad y no como una conducta, evidenciándose la falta de objetividad en la comprensión de este concepto. Entendemos que el concepto de homosexualidad no tiene cabida dentro de un vocabulario científico, por lo que la psicología interconductual debe prescindir del mismo.

INTRODUCCIÓN

La humanidad siempre ha tratado de comprender y/o controlar dos cosas; su entorno y a ellos mismos. Carrithers (2010) menciona que el conocer los tiempos en que se debe sembrar y cosechar, el saber cuándo se aproxima una tormenta, el poder abastecer de agua un poblado sin tener que habitar cerca de un río o lago, el lograr domesticar y criar animales con fines de trabajo o alimenticios y muchos otros ejemplos más demuestran la necesidad y practicidad que significa para el hombre el comprender el entorno para tener la posibilidad de controlarlo, de manipularlo, pero, ¿qué nos motiva a tratar de comprender y controlarnos a nosotros mismos?, la razón es muy simple, se debe al hecho de que muchos de los cambios de nuestro cuerpo son constantes y evidentes, por lo tanto, susceptibles a la observación y análisis.

Para desenvolvernó en la vida (ya sea trabajando, estudiando, conviviendo o realizando cualquier tipo de actividad) es de suma importancia mantenernos sanos, ya que esto nos permitirá llevar a cabo nuestras diferentes tareas diarias. Cuando el organismo presenta alguna anomalía es posible que se presenten molestias y/o que la forma en que realizamos nuestras actividades se modifique en mayor o menor medida. Una enfermedad, la pérdida de un miembro ó incluso el mismo crecimiento y desarrollo corporal son algunos ejemplos de los cambios que pudieron haber provocado curiosidad en nuestros antepasados sobre ellos mismos y la manera en que funciona el cuerpo humano en general. Pero, los cambios biológicos, geológicos y climáticos no eran los únicos eventos que comenzaron a causar intriga a nuestros antepasados, en la actualidad a estos otros eventos podemos clasificarlos dentro de la sociología y la psicología.

Con el paso del tiempo las sociedades se fueron volviendo más complejas, dejaron de ser pequeñas tribus para volverse grandes pueblos y naciones, lo que forzosamente implica la regulación y determinación de diversas actividades y

comportamientos. Algunos se dedicarían a la caza, otros al trabajo de la tierra, otros más a la construcción de hogares, murallas, armas, vestimentas y como estos, muchísimos otros ejemplos, pero no solo se designaban tareas, sino que también se delimitaban comportamientos, esto mediante la estipulación de leyes y costumbres que de no cumplirse acarrearían sanciones o desaprobación por parte de los otros miembros de la sociedad (Kirkpatrick, 2000)

Muchas culturas y sociedades han penalizado (cada una con particularidades específicas) diversos comportamientos, siendo los más comunes el matar, el violentar y el robar. A pesar de esto, no ha existido una sociedad en la que estas actividades no se hayan cometido (Carrithers, 2010). He ahí lo que nos hace cuestionarnos ¿por qué hacemos algo que sabemos es muy probable que acarree una consecuencia desagradable?, ¿por qué somos y/o actuamos de manera diferente a los demás?, ¿por qué no seguimos lo estipulado por la sociedad en la que vivimos?, etc.

Estas y muchas otras preguntas más han tratado de ser resueltas a través de diversos caminos, como son la magia, la religión y la ciencia (Davidoff, 1984). Estos caminos no congenian entre sí y usualmente llevan a respuestas diferentes, ocasionando grandes debates y disputas entre los partidarios de una u otra forma de comprender la realidad, sin embargo todas ellas (con mayor o menor popularidad) continúan vigentes en todo el mundo.

Davidoff, (1984) menciona que en la actualidad el camino más aceptado para tratar de comprender la realidad es la ciencia. Esto gracias a características muy particulares, como el propiciar y buscar la objetividad, el ser especializada, poseer un lenguaje propio, ser empírica (y por lo tanto repetible), lo que permite formular leyes a través de ella. Estas son solo algunas de las características que han posicionado a la ciencia como la mejor opción para poder alcanzar un conocimiento concreto y específico con posibles aplicaciones prácticas,

brindándonos la posibilidad de una mayor comprensión del entorno y de nosotros mismos.

Para poder lograr esto, es indispensable que cada ciencia posea conceptos específicos que hagan referencia y/o ayuden a explicar determinados fenómenos concernientes a su campo de estudio. Para que las referencias y explicaciones sean claras y puedan ser comprendidas por cualquier persona especializada en el campo en cuestión es necesario que los conceptos utilizados estén bien establecidos, es decir, que un determinado concepto siempre haga referencia al mismo evento (Kantor, 1980).

Un ejemplo trillado pero muy ilustrativo es el concepto de gravedad. De acuerdo con la teoría de la relatividad de Einstein la gravedad puede entenderse como un efecto geométrico de la materia sobre el espacio-tiempo. Cuando una cierta cantidad de materia ocupa una región del espacio-tiempo provoca que éste se deforme. Dado que todos los objetos se mueven en el espacio-tiempo, al deformarse éste, la trayectoria de aquéllos será desviada produciendo su aceleración que es lo que denominamos fuerza de gravedad. Este concepto es el mismo para los físicos en China y para los físicos en México. Cuando se habla de gravedad en un contexto relacionado a la física se entiende a la perfección las características, explicaciones y aspectos involucrados en este fenómeno sin dar lugar a discrepancias.

El concepto de homosexualidad no goza de esa unanimidad y esto complica su comprensión tanto para los investigadores como para la sociedad en general. En la literatura es posible encontrar diferentes aproximaciones a este concepto, la biología y la psicología son las disciplinas más familiarizadas con el abordaje de este tópico. Sin embargo, la sociedad se ha encargado de formarse su propia concepción sobre el tema, complicándose aún más la situación, ya que no existe “una sociedad”, sino un variado número de grupos sociales, que aunque pudieran

compartir una definición similar no es garantía de una uniformidad en la comprensión de todos sus individuos sobre la homosexualidad (Sommer y Vasey citados en Cvorovic, 2006).

Probablemente algunas definiciones brindadas por la biología, la psicología y hasta por la misma opinión popular pudieran coincidir en un nivel explicativo muy básico, pero al adentrarse un poco más, al hablar sobre sus orígenes, los aspectos que involucra, sus consecuencias, etc., el abanico de respuestas se ampliará dejando ver únicamente la falta de claridad entorno al concepto de homosexualidad.

En nuestra particular opinión, un buen indicador sobre la claridad y homogeneidad de un concepto es la variación que pudiera existir de una sociedad a otra, ya que una situación, objeto o teoría bien delimitada presentará o debería de presentar variaciones mínimas o incluso nulas de una sociedad a otra.

Para un niño de secundaria en México y para un adulto obrero en China el concepto de oxígeno debe de ser fácilmente identificable y no remitir a diferentes significados. Esta es una propiedad de un sinfín de conceptos, pero la homosexualidad no es uno de ellos.

Turiel (2006) explica que la homosexualidad en México es concebida de una manera muy diferente a como puede ser concebida en Libia, o en Italia o en cualquier otro país. En algunas naciones la homosexualidad sigue siendo un crimen que es castigado con la privación de la libertad o hasta azotes públicos, mientras que en otros países es vista como común y se lucha por que se acabe la discriminación ante ella.

Con el paso del tiempo una nación, grupo social o hasta una comunidad puede cambiar su concepción respecto a un tema o evento, la homosexualidad ha sido y sigue siendo un claro ejemplo de estas transformaciones, haciéndose evidente

con tan solo repasar la historia de lo que actualmente es Estados Unidos, donde las antiguas tribus indígenas veían con completa naturalidad y hasta deseaban tener a una persona homosexual en su familia, mientras que en la época colonial donde los ingleses y españoles ocupaban su actual territorio esas costumbres eran vistas como pecaminosas, por lo que fueron condenadas y suprimidas. Finalmente, en pleno dos mil doce la homosexualidad pareciera ser generalmente aceptada en esa nación, pero esto no es del todo cierto, ya que hay estados con marcadas tendencias homofóbicas como es el caso de Texas (Turiel, 2006).

Si bien es cierto que ningún concepto se ha mantenido igual a lo largo de la historia, aquellos que están mejor definidos y explicados cambian de una manera generalizada, permitiendo que el nuevo concepto sea utilizado y comprendido de igual manera en todo el mundo. Este puede ser el caso de alguna teoría física que se modifica y por lo tanto este cambio se notifica internacionalmente para después hacerse del dominio público y así se generalice este nuevo concepto. Pero en el caso de la homosexualidad este consenso nunca ha existido, ni en las diferentes sociedades ni en las disciplinas científicas que la han abordado.

En el caso particular de la biología, con toda su historia y su conocido desarrollo científico, es de extrañarse que un concepto este mal delimitado y que se preste a confusión, sin embargo esta disciplina científica se ve envuelta en problemas conceptuales cuando se habla de la homosexualidad.

Sommer y Vasey (citados Cvorovic, 2006) explican que en la biología existen muchas definiciones para hacer referencia a un acto homosexual, pero es precisamente esta variedad de concepciones las que provocan falta de consenso y división dentro de una misma disciplina respecto a un determinado tema o concepto. Estos autores mencionan que en la actualidad la biología está cayendo en el error de inferir sobre los motivos y formas en que debe darse un contacto sexual para que pueda clasificarse como homosexual, siendo que la motivación

y finalidad de una conducta dentro de la biología debería de establecerse en términos completamente objetivos, libres de inferencias tendientes a antropomorfizar diferentes situaciones naturales.

Gonzales de Alba (2003) trata de explicar que la homosexualidad es un comportamiento “regular” en casi todas las especies conocidas. Retoma diferentes investigaciones en las que se describen conductas que este autor y los realizadores de las investigaciones citadas comprenden como homosexuales, como el que dos delfines hembras rocen sus genitales entre sí, la penetración ocasional entre carneros machos, los intentos de patos machos de montarse uno al otro sin éxito, y muchos otros ejemplos, los cuales aunque parecieran similares son completamente diferentes entre sí y precisamente ese es el error en el que se cae al antropomorfizar conductas de otras especies.

Por si fuera poco, la definición de homosexualidad no es el único problema de la biología, sino que también hay grandes desacuerdos sobre la génesis de este tipo de contacto sexual. Las investigaciones que esta ciencia ha realizado sobre los posibles orígenes de lo que actualmente se maneja como una “preferencia sexual” han arrojado datos que difieren mucho unos de otros, lo que da pie a que las investigaciones continúen sin obtener aun datos de carácter biológico contundentes que expliquen que ocasiona el origen de la homosexualidad.

Soriano (2002) explica que existen cuatro grandes teorías biológicas sobre los factores que propician o provocan la aparición de conductas homosexuales en todo el reino animal; estas son la hormonal postnatal, la hormonal prenatal, la genética y la neuroanatómica. Cada una de estas teorías está respaldada por investigaciones que parecieran demostrar que la homosexualidad está relacionada a factores hormonales, genéticos o neuronales, pero, si bien existen investigaciones a favor de cada propuesta explicativa, también hay otras que con datos reales contradicen la información de las demás teorías.

La mayoría de las veces las diferentes posturas en relación a este tema atacan los resultados de otras investigaciones buscando errores en la metodología de estas o mostrando datos que supuestamente comprueban que son sus hipótesis y no las de los demás las que se acercan más a la realidad, pero en la actualidad ninguna de estas propuestas han arrojado resultados contundentes, por el contrario, han aportado información que más que aclarar los orígenes de la homosexualidad, crean confusión e intriga dentro y fuera de la biología.

La biología sigue intentando definir y explicar en qué consiste la homosexualidad sin llegar a muchos avances. Si bien algunas investigaciones han arrojado correlaciones significativas entre comportamientos que los mismos participantes consideran homosexuales y diferentes factores como el desarrollo inusual de diversas partes del cerebro, anomalías en los niveles habituales de hormonas (como los estrógenos), alteraciones genéticas durante la gestación, etc., difícilmente estos factores están presentes en toda la población que se asume como homosexual o refiere tener tanto prácticas homosexuales como heterosexuales (Masters y Johnson, 1979).

Masters y Johnson (1979) comprendieron que una de las mayores dificultades de todas las investigaciones de carácter biológico relacionadas a la homosexualidad era precisamente la metodología con la que se trabajaba. La selección de los participantes en la investigación era el punto débil del procedimiento llevado a cabo en muchas de las investigaciones realizadas previamente, ya que no se ponía especial atención a las conductas características que debería presentar una persona para ser considerada homosexual o no. Master y Johnson (1979) notaron esta falla en la metodología y recurrieron a las investigaciones realizadas por Kindsey, las cuales hablan de una escala de homosexualidad donde aquella persona que afirme nunca haber tenido contacto homosexual de ninguna clase es clasificado dentro del rango de heterosexualidad total, aquel que solo haya tenido contactos homosexuales tendrá el nivel más alto de homosexualidad dentro de la

escala y aquellos que se encontraran en los niveles intermedios presentarían bisexualidad con tendencia hacia uno u otro extremo.

De esta manera Master y Jhonson (1979) lograron tener un mayor control en los resultados de sus investigaciones, ya que podían comparar los resultados obtenidos no solamente por participantes considerados tajantemente como homosexuales o heterosexuales, sino entre diferentes grupos de personas que compartían comportamientos sexuales similares pero no exclusivos de la heterosexualidad u homosexualidad. Aunque pareciera que este ajuste resolvía el problema metodológico en el que incurrían este tipo de investigaciones, solamente se estaba esclareciendo el aspecto en investigaciones con humanos ya que otros animales no pueden referir sus experiencias sexuales y el llevar un registro de las diferentes conductas sexuales de cada espécimen a considerar para la investigación sería una tarea extenuante y poco confiable debido a la tendencia a antropomorfizar las conductas animales a observar.

Estas dificultades han orillado a la biología ha acercarse a la psicología para tratar de obtener mayor claridad en sus conceptos y teorías respecto a la homosexualidad, pero incluso si se aborda esta temática desde la disciplina de la psicología es muy difícil encontrar consenso, porque la psicología no solo tiene discrepancias respecto a diferentes conceptos (entre ellos la homosexualidad), sino que además está fragmentada por corrientes y teorías discrepantes entre sí.

Estos problemas de estructuración y cohesión en la psicología han existido desde la época de los griegos, que es precisamente el punto de la historia en el que se ubica el nacimiento de esta disciplina que para algunos es científica y para otros no.

El comienzo de la psicología está marcado por la misma problemática que continúa hasta nuestros días, la eterna confusión y discusión entre las posturas dualistas y las que buscan ser objetivas. Esta oposición de posturas viene desde

las postulaciones de Platón, quién comprendía al hombre como la suma de dos realidades. La primera de ellas era la realidad sensitiva, la cual era perceptible gracias al cuerpo y a sus cinco sentidos. La segunda era la realidad de las ideas, ésta estaba ligada al alma humana y brindaba al hombre el don del raciocinio (Contreras, 2001).

Platón explicaba que el cuerpo era finito, es decir, llegaba a su fin con la muerte, mientras que la entidad que brindaba el don del raciocinio se preservaba aun después de la muerte. En contraparte a lo expuesto por Platón, Aristóteles creía que estas entidades no eran separables al presentarse la muerte, sino que los diferentes organismos, entidades y fuerzas que conformaban al ser humano eran finitas. Para este famoso filósofo griego el error de Platón radicaba en creer que las capacidades intelectuales y las físicas eran realidades independientes entre sí conjugadas en un mismo cuerpo, por lo que él plateaba que el raciocinio, la memoria, los sentidos y demás capacidades humanas existían en el hombre como producto de una sola realidad, desechando la concepción dualista de Platón (Zagal, 2008).

Las teorías y corrientes psicológicas que han venido desarrollándose, fusionándose y hasta desapareciendo han estado fundamentadas en mayor o menor medida en algunas de estas dos posibles concepciones.

La idea dualista que comprende al alma y al cuerpo como entidades diferentes e independientes entre sí, pero que se mantienen conjugadas durante la vida terrenal del ser humano creció y se expandió enormemente durante la época medieval gracias en gran medida a la enorme difusión de la doctrina cristiana (Sahakian 1975), la cual habla de el alma como una entidad trascendente del cuerpo. Este pensamiento fue una constante durante toda la época medieval, ya que instituciones como la Santa Inquisición se encargaban de reprimir severamente, por decir lo menos, a todo aquel que osara negar o contradecir lo

estipulado por la doctrina cristiana, por lo que todas las explicaciones hacia cualquier evento estaban vinculadas con el pensamiento dualista y la visión de la doctrina cristiana.

Sahakian (1982) explica que con el paso del tiempo esta visión unificada fue perdiendo fuerza y en la época del Renacimiento los filósofos e investigadores comenzaron a cuestionar de manera más severa y menos encubierta si en realidad las explicaciones basadas en la religión eran las más certeras, por lo que comenzaron a realizar investigaciones basadas en la observación, la descripción y experimentación, formando sus propias hipótesis y teorías y evitando basarse en lo preestablecido por cualquier tipo de doctrina.

Aunque se comenzó a analizar e investigar desde una perspectiva diferente, tratando de librarse de ideas preestablecidas, algunas concepciones sobre la realidad se mantuvieron en los investigadores de esta época en mayor o menor medida, siendo la concepción dualista del hombre una de ellas.

Descartes, es el claro ejemplo de lo que sucedía en la época del renacimiento. Este personaje es considerado “el padre del racionalismo” y es por eso que tuvo y sigue teniendo una gran influencia en el pensamiento occidental, pero su legado ha venido siendo un lastre para el avance en la concepción del ser humano ya que él popularizó la hasta hoy erróneamente aceptada idea de que actividades como el razonar, el memorizar y el pensar son producto del accionar de una entidad independiente al cuerpo, esta entidad es el alma, y por si fuera poco, le dio una ubicación en el organismo, el cerebro (Sahakian, 1982).

A partir de las postulaciones de Descartes y con el paso del tiempo el sustantivo *alma* fue siendo sustituido gradualmente de las explicaciones “científicas” por el de *mente*. Hasta nuestros días, a la mente se le comprende como aquella entidad alojada en el cerebro que nos permite razonar, pensar, recordar, etc. lo que no dista mucho de las explicaciones dadas por Descartes hace más de 400 años.

En 1879 Wundt crea el primer laboratorio científico de psicología, considerándosele a este evento el nacimiento de la psicología científica, la cual continuaba entendiendo al hombre desde esta concepción dualista. Con el paso del tiempo han surgido diferentes teorías y corrientes psicológicas, de las cuales algunas continúan trabajando con la idea preconcebida de que la mente y el cuerpo son entidades diferentes conviviendo en armonía, pero también han existido intentos por cambiar esta concepción hacia una visión libre de preconcepciones y subjetividades con el fin de brindar una psicología con un verdadero carácter científico, el intento más reconocido es el desarrollo de la teoría conductista.

Los autores más representativos del conductismo son Watson y Skinner, quienes argumentaban que para que la psicología realmente pudiera ser considerada científica tenía que tener un objeto de estudio observable y medible, por lo que propusieron a la conducta como el eje de las investigaciones psicológicas, dejando de lado el estudio de conceptos subjetivos y multívocos como la mente, la consciencia, las emociones, etc.

El conductismo ha ido evolucionando y finalmente se ha combinado con otras corrientes, lo que le ha permitido dar explicación a eventos que dado su paradigma original le eran imposibles de abordar. Esto le ha costado al conductismo el regresar a aceptar la idea de que existe una división entre aquellas actividades adjudicadas a la mente y aquellas que se consideran pertenecientes al cuerpo, por lo que el objetivo con el que inició la teoría conductual se ha distorsionado por completo. Ante situaciones como ésta surge el interconductismo.

Esta investigación tiene como marco conceptual y de análisis al interconductismo, teoría que refuta al dualismo y busca comprender las variables involucradas en las interacciones de los organismos de una manera objetiva brindándole a la psicología una opción teórica que cumple con las características de una ciencia.

El interconductismo nace a partir de las propuestas de Kantor (1980) para lograr una psicología verdaderamente científica, donde el objeto de estudio son las interacciones entre el organismo y su entorno, evitando continuar realizando investigaciones de carácter internalista que persiguen la comprensión de constructos carentes de validez y especificidad, los cuales aun arrastran la pesada carga de la concepción dicotómica mente-cuerpo.

Las bases asentadas por Kantor fueron retomadas y desarrolladas por Ribes y Lopez (1985) quienes actualmente han provisto el carácter de propuesta científica a la psicología interconductual desarrollando una compleja teoría con todos los lineamientos de una ciencia, evitando caer en la aceptación de concepciones dualistas como le pasó al conductismo.

En la propuesta de una psicología interconductual y de cualquier otra ciencia no hay lugar para conceptos multívocos, poco específicos o confusos. Es por eso que esta investigación buscará analizar el concepto social, biológico y psicológico de homosexualidad a lo largo de la historia, así como sus implicaciones actuales con el fin de clarificar el uso y sentido del concepto de homosexualidad dentro de la psicología. Con base en el análisis de la información encontrada será posible replantearnos la prudencia de seguir abordando a la homosexualidad de la manera en que se ha venido haciendo y finalmente poder hablar de la conveniencia de una reestructuración y clarificación del concepto aportando una perspectiva interconductual sobre el mismo.

Para lograr este cometido en nuestro capítulo uno realizamos un breve recorrido por la historia de la psicología comenzando por la cultura griega y el debate entre las propuestas de Platón y Aristóteles hasta el origen y estado actual de la teoría interconductual.

En el capítulo dos nos enfocamos en las concepciones de homosexualidad planteadas por la sociedad, la biología y la psicología, para así poder comprender

las particularidades, aciertos y problemáticas existentes en la comprensión de la homosexualidad por parte de cada uno de estos ámbitos. Con el análisis de esta información será más fácil ubicar las discrepancias conceptuales entre los diferentes rubros o dentro de ellos mismos.

En el tercer capítulo abordamos prácticas sexuales y eróticas comúnmente relacionadas a la homosexualidad pero que al igual que ésta, carecen de una delimitación clara y específica como es la bisexualidad, el travestismo, las personas transgénero, etc., sin mencionar del amaneramiento o el placer por la estimulación anal en el hombre, situaciones que suelen vincularse a la homosexualidad pero no son exclusivas de las personas asumidas como homosexuales.

El cuarto y último capítulo ofrecerá una perspectiva interconductual sobre la forma en que debería abordarse el concepto de homosexualidad buscando dejar de lado las concepciones multívocas y distorsionadas que actualmente existen y provocan gran confusión respecto al tema. Se ofrece una visión interconductual sobre lo que se ha conocido como homosexualidad basándonos en los argumentos teóricos y epistemológicos que esta corriente maneja.

Finalmente, con toda la información obtenida formulamos nuestras conclusiones sobre el uso y sentido del concepto de la homosexualidad en la psicología así como la pertinencia de seguir abordando esta temática de la misma forma en que se ha venido haciendo o si un replanteamiento conceptual sería una opción más viable para lograr una mejor comprensión de aquellas conductas y comportamientos comprendidos como diferentes a los heterosexuales.

BREVE HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

Antes de abordar específicamente cualquier aspecto de esta investigación teórica es muy importante conocer cuáles son las características de la psicología, disciplina sobre la que se fundamenta este trabajo.

Para obtener una concepción pertinente del estado actual de la psicología es necesario comprender el proceso evolutivo por la que ésta ha pasado para llegar hasta la diversificación de teorías, corrientes y posturas, las cuales, a pesar de sus diferencias teóricas y metodológicas, hoy en día forman parte de lo que erróneamente se considera una misma disciplina.

Es difícil ubicar con exactitud el nacimiento de la psicología, esto debido a que dependiendo del enfoque desde el que se analice se pueden plantear diversos orígenes. Puede ubicarse en el surgimiento del constructo teórico de una determinada teoría, al inicio de una determinada práctica clínica o experimental y hasta en el momento en que surge la palabra psicología.

Para evitar proponer un génesis basado en la aparición de una determinada corriente, el análisis del surgimiento y desarrollo de esta disciplina tendrá como punto de partida el esplendor de la cultura griega, que es la época histórica en la que se comenzó a tratar de comprender al hombre, siendo el análisis de la *psyche* (que en griego significa alma) un aspecto fundamental para lograr este objetivo.

1.1 Los griegos

La cultura griega se caracterizó por sus postulaciones filosóficas y su gran desarrollo cultural, sus aportaciones hoy en día siguen siendo una gran influencia

en casi todos los aspectos culturales, filosóficos y científicos, por lo que su importancia en la historia de la humanidad es indudable. Por esta razón es pertinente analizar la manera en que comprendían al hombre, siendo el “alma” un pilar fundamental de esta concepción, de la cual posteriormente se desarrollaría lo que ahora se conoce como psicología.

Contreras (2001) explica algunas de las diferentes temáticas que Platón (427 - 347 a. C.) llegó a abordar en relación al alma y su significado. Se menciona que Platón dividía a la realidad en dos, una parte era el *mundo de los sentidos* y la otra era *el mundo de las ideas*. En esta división se aclara que en el mundo de los sentidos todo *fluye* y nada permanece, siendo este mundo perceptible a través de los cinco sentidos del cuerpo, el cual también es efímero.

En cuanto *al mundo de las ideas*, se explica que este es el lugar de donde proviene el alma, la cual, a diferencia del cuerpo, es inmortal como lo son las ideas en sí.

Si el cuerpo finito es el que permite tener contacto con el mundo a través de los cinco sentidos, el alma es la encargada de mantener en contacto al hombre en con el mundo de las ideas, y esto se logra gracias a que el alma es la morada de la razón.

Desde esta perspectiva se entiende que Platón comprendía que el ser humano era la suma de dos realidades separables (cuerpo por un lado y alma por otro) y que al morir el cuerpo el alma no moría junto con él, sino que se perpetuaba como parte del mundo de las ideas al cual siempre buscaba volver mientras que permanecía en un cuerpo.

Aristóteles (384 a.C.–322a.C.) presenta ciertos acuerdos con Platón, sin embargo son sus diferencias las que son realmente interesantes. Aristóteles también

concede al alma como poseedora de ciertas características y a su vez la ubica en el ser humano, pero plantea estas afirmaciones de una manera bastante diferente.

Aristóteles (s.f.) expone que hay un alma vegetal, un alma sensible y un alma racional. A medida que se progresa en la escala filogenética de la naturaleza se van asumiendo las almas de los seres ontológicamente precedentes. Así, el alma vegetal es el alma propia de las plantas y se identifica con los deseos naturales y la necesidad de satisfacer necesidades básicas. El alma sensible es el alma de los animales y es capaz de experimentar emociones y de dar respuestas precisas ante ciertos estímulos, teniendo como principal característica el desempeño de la voluntad (el querer); el alma racional es el alma típicamente humana, se caracteriza por su función intelectual y por poder descifrar la realidad traduciéndola en conclusiones y experiencias a partir de los acontecimientos. Desde esta concepción el ser humano no solamente posee “un alma” que sería la racional, sino que comprende los tres tipos de almas.

Aristóteles habla del concepto del *Alma racional* en el que explica que toda información que el hombre adquiere de la realidad lo hace a través de los sentidos y que estos “registran” esa información para que posteriormente sea analizada y memorizada por el alma racional.

Este proceso de aprendizaje es posible gracias a la cualidad que brinda el alma racional, esta cualidad es la facultad intelectual o el intelecto. Aristóteles explica que el alma no es el intelecto solamente, sino que es una facultad de ésta para conocer y pensar.

Mora (s.f.) menciona que Aristóteles comprendía el alma racional como la capacidad de captar y comprender la realidad, llamando a esto el intelecto pasivo, asemejándose un poco a lo que ahora se conoce como memoria, ya que afirma que el intelecto pasivo permite hacer uso de los pensamientos y recuerdos al momento de postular hipótesis, teorías, etc.

Una vez explicadas las características que Aristóteles le atribuye al alma, es necesario explicar donde y como la ubica. Para empezar, el alma racional solo era atribuida a los humanos y se consideraba que ésta debía ser ejercitada.

Zagal (2008) aclara que a diferencia de Platón, para Aristóteles, el ser humano es un compuesto total donde el alma racional se integra o mezcla en cada partícula con el cuerpo material. Si el alma es el fundamento interno y esencial que compone a los seres de una misma especie, siendo el alma racional la que distingue a los humanos de los otros seres vivos con alma, el cuerpo es un conjunto de estructuras físicas que hacen al sujeto una cosa tangible y con la capacidad de percibir su entorno.

A este concepto se le llama hilemorfismo, que es una palabra compuesta por hyle (alma, realidad espiritual) y morfé (cuerpo, realidad espiritual); literalmente el hile - morfismo es la unión integrada y bien establecida que se da entre el alma o esencia que compone una cosa y la materia que compone esa cosa (Zagal, 2008).

Se hace claro que si el cuerpo es el que permite tener las experiencias con el entorno teniendo como base a los cinco sentidos, es el alma racional la encargada del análisis y memorización de toda la información percibida por el cuerpo, manejándose el concepto de un cuerpo y alma integrados, inseparables y funcionales entre sí, ya que sin el cuerpo el alma racional no puede tener contacto con la realidad y si no hay alma racional la realidad no puede ser analizada, por lo que sin uno no hay otro.

Después de este breve recorrido por algunos de los planteamientos más significativos de estos dos importantes filósofos griegos nos parece pertinente señalar la semejanza que tiene el concepto de alma que se manejaba en la antigua Grecia con el concepto actual de mente.

Tanto la mente en la actualidad como el alma en los planteamientos de los filósofos griegos eran responsables de aspectos como la memoria, el razonamiento y hasta la inteligencia. Pero nos parece aun más impresionante el hecho de que hasta el día de hoy exista esa confusión con respecto a la diferenciación entre el cuerpo y el alma/mente, que si bien Aristóteles (s. f.) aclara que son indivisibles y complementarios se está hablando de dos entidades. Esta difusa línea entre la dualidad o la unidad persiste hasta nuestros días y lo único que provoca es una gran confusión sobre el objeto de estudio de la psicología.

1.2 Edad Media

Los siglos pasaron y las diferentes culturas continuaban tratando de comprender al hombre en todos los aspectos posibles. La Edad Media fue una época en la que la concepción del hombre cambió por completo y las consecuencias de las postulaciones hechas en ese tiempo continúan hasta nuestros días, particularmente los resultados de los esfuerzos por analizar aquello que se entendía como “alma”, siendo los escritos griegos la principal base para las postulaciones que se realizaban.

Para comprender mejor cómo es que se originan las particularidades de los postulados creados en esta época es necesario recordar que durante la Edad Media se vivía un dominio total por parte de los grupos religiosos, quienes controlaban o estaban directamente involucrados en todos los aspectos de la vida diaria, desde los económicos hasta los filosóficos.

El control eclesiástico delimitaba muchos aspectos sociales e individuales, tomándose acciones drásticas en contra de cualquier actividad que no estuviera aprobada por los dirigentes religiosos. De este modo, el pensamiento científico y el filosófico se veían enormemente influenciados por estas condiciones y en algunos

casos hasta limitados, ya que cualquier postulado que no fuera acorde a lo estipulado por los altos mandos eclesiásticos podía llevar al responsable a la muerte (Balderas, 2008)

Un innegable representante del pensamiento filosófico de la Edad Media es Santo Tomás de Aquino (1225-1274), quién planteaba una concepción del hombre basada en muchos de los principios manejados por Aristóteles, sin embargo le da su propia interpretación y brinda una concepción totalmente distinta del alma.

Santo Tomás entiende que el alma permite la asimilación y comprensión de los estímulos percibidos por la entidad corporal. El proceso de percepción es posible gracias a los cinco sentidos que posee el cuerpo y a la característica denominada “intelecto”, la cual es brindada por el alma que posee el ser humano. Sin embargo, a diferencia de Aristóteles, Santo Tomás de Aquino entiende que estas dos características del hombre son divisibles, y que si bien convergen en el cuerpo de una manera armoniosa, al morir el cuerpo el alma no lo hace, entendiéndose entonces un concepto más parecido al de Platón (Sahakian 1975).

Otra concepción importante planteada por Santo Tomás de Aquino es que el alma o mente es la dirigente del cuerpo y que cada alma junto con su aspecto intelecte es única y poseedora de sus propias inclinaciones y apetitos (Sahakian 1975).

De nueva cuenta se hace presente esta concepción del alma como aquello en lo que residen las pasiones, la razón y los pensamientos. En esta época ya no se presentan estas discrepancias entre si el alma es o no divisible del cuerpo, sino que se asegura que son dos entidades diferentes pero que pueden convivir armoniosamente en un mismo espacio. Estas afirmaciones eran influenciadas, aprobadas y divulgadas por la iglesia, la cual castigaba cualquier idea que contradijera esto, por lo que en la Edad Media hasta cierto punto existió una uniformidad de pensamiento.

1.3 El Renacimiento y Descartes

Con el tiempo esta uniformidad iría difuminándose, siendo un punto clave de este proceso la época del Renacimiento, donde el deseo de lograr un conocimiento sobre el ser y su posición en el mundo sigue siendo una constante, pero tiene como particularidad sobresaliente el hecho de que los esfuerzos filosóficos se volcaron a un punto previo que era necesario abordar si es que se pretendía lograr éste conocimiento.

Larroyo (2004) explica que los filósofos del renacimiento comenzaron a preguntarse ¿qué ruta debe seguir el conocimiento para alcanzar la verdad?, formulándose la idea de que primero deben investigarse los principios racionales que han de normar al conocimiento para después con base a esos principios proceder a buscar el conocimiento del mundo.

Descartes (1596-1650) es un personaje emblemático incluso considerado el fundador del racionalismo moderno, por eso es tan importante retomar la manera en que concibe al hombre.

Una postulación fundamental de la filosofía de Descartes es la existencia de Dios como un ser perfecto e infinito que permite y contribuye en la existencia de “sustancias finitas”. Descartes afirma que el alma y el cuerpo son completamente distintas entre sí y existen de manera independiente, siendo esta la base del famoso *dualismo metafísico*.

Comprendiendo Descartes que el alma y el cuerpo son sustancias finitas explica que el principal atributo del alma es la conciencia, es decir, el pensar, y que cuando el alma comienza a conocer el mundo solo entonces se puede comunicar con el cuerpo (Larroyo, 2004).

Descartes hace una más clara separación entre el cuerpo y el alma cuando afirma que aspectos como el movimiento y el calor son aspectos conferidos al cuerpo

mientras que todo lo demás es del alma. Eso que se describe como “todo lo demás” son los pensamientos, la razón y la memoria, que son aspectos que Descartes ubica en el cerebro, pero mediados a través del alma, a la cual él mismo ubica en la glándula pineal (Sahakian, 1982)

Descartes también explica que a diferencia del cuerpo el alma es indivisible, ya que si bien se puede cortar un brazo o una pierna del cuerpo, al alma no se le puede quitar los deseos, los sentimientos, las concepciones, etc., porque el espíritu como totalidad es el que desea, siente y concibe (Larroyo, 2004).

Las postulaciones de Descartes continúan y reafirman una posición dualista en la concepción del hombre, esta división entre lo perteneciente al cuerpo y lo perteneciente alma, donde cada una tiene influencia sobre la otra, pero es el alma la que brinda la capacidad de razonar, de memorizar y de pensar, que son conceptos constantemente referidos en la psicología actual. Es importante destacar la función que Descartes le da al cerebro, argumentando que este es el órgano mediante el cual el alma permite que se den los procesos de razonamiento, memorización y el mismo pensamiento. Probablemente esta sea la primera referencia concreta del origen de la relación entre estos conceptos y el cerebro.

A diferencia de la Edad Media en el Renacimiento el pensamiento científico y filosófico no era tan uniforme, y para muestra de esto se encuentra lo planteado por Benedict Spinoza (1632-1677).

Este personaje presentaba una concepción del hombre diferente a la que ofrecía su contemporáneo Descartes. Spinoza entendía al hombre como una entidad conformada por diferentes atributos, entre los cuales se encontraba la sustancia pensante (mente) y la sustancia extensa (cuerpo) (Sahakian, 1975).

La concepción de Spinoza era similar a la de Aristóteles, ya que ambos plantean que el hombre no puede ser dividido en sustancia pensante y en sustancia extensa, sino que ambas integran al ser humano, y que sin alguna de estas dos características primordiales la entidad en cuestión no puede estar viva o llamarse ser humano. Por estas razones Spinoza comprendía que lo que le afectara a la mente también le afectaría al cuerpo, manejándose la teoría del paralelismo psicofísico (Sahakian, 1982).

Es importante señalar que Spinoza habla de la mente sin hacer referencia al alma, pero los atributos que le otorga a la mente son los mismos que Descartes, Santo Tomás de Aquino o Aristóteles habían planteado como características del alma, es decir, que permite la asimilación de lo percibido por el cuerpo. Spinoza comprende a la mente como la poseedora de atributos como la razón y la conciencia, los cuales eran ubicados por sus predecesores en el alma, pero este autor no hace referencia a esta (Sahakian, 1982).

Se hace evidente que en esta época ocurrió un cambio conceptual que se ha mantenido a lo largo del tiempo. En primer lugar, se comienza a ubicar al cerebro como el órgano mediante el cual el alma puede realizar los procesos de memorización, razonamiento y el mismo pensamiento. Se hace esta vinculación entre el cerebro, el alma y los “procesos mentales”.

En segundo lugar Spinoza retoma esta relación entre el cerebro y las virtudes adjudicadas al alma, pero en lugar de utilizar el concepto de alma, este autor prefiere llamar *mente* a la entidad que dota de la capacidad de analizar, reflexionar y recordar los eventos percibidos por los sentidos.

No es muy claro el momento y la forma en que las propiedades del alma comienzan a ser ubicadas en la mente, de hecho, la línea divisora de estos dos conceptos es bastante difusa, ya que sus definiciones, características y funciones

suelen ser similares, sin mencionar que algunos autores las llegaban a utilizar como sinónimos.

1.4 La ilustración y la psicofisiología

Con la llegada de la ilustración aparece una revolución en todos los aspectos de la vida humana, siendo la concepción del hombre uno de los tantos ámbitos que comenzaron a llenarse de nuevas propuestas y explicaciones.

Thomas Hobbes (1588-1679), John Locke (1632-1704) y George Berkeley (1685-1753) son tres autores representativos de la Ilustración, los cuales presentaron propuestas bastantes similares para la comprensión del ser humano, así como conceptos como la imaginación, la memoria y la percepción.

Hobbes menciona que cualquier concepción ubicada en la mente es producto de la experiencia resultante del contacto con cualquier objeto a través de los sentidos.

Al igual que Berkeley, Hobbes ubica a la memoria y a la imaginación como procesos originados en la mente, pero que solo pueden darse por medio de lo percibido por los sentidos, ya que estos dotan a la mente de “imágenes” y recuerdos que puede ser evocados por la mente a voluntad (Sahakian, 1982).

John Locke propuso concebir a la mente como una *tabula rasa*, la cual forma su acervo de ideas a partir de las experiencias provenientes del exterior, las cuales son percibidas por los sentidos. Se hace la especificación sobre las experiencias “externas”, porque posteriormente se explica que una vez que la mente ha adquirido información a través de los sentidos, esa información es utilizada en las operaciones internas llevadas a cabo en la mente y éstas pueden producir nuevas experiencias, las cuales no pueden ser consideradas de carácter externo, sino interno (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Berkeley profundizó un poco más y explicó que las representaciones producidas por la mente de objetos o situaciones percibidas en el pasado se llevaban a cabo mediante *signos*, y que estos eran “almacenados” en la mente. También aclara que son precisamente estos signos y la relación entre ellos lo que permite no solo el recuerdo de eventos pasados sino la postulación de hipótesis basadas en los resultados percibidos en experiencias previas, aclarando que nunca se va a concebir la total realidad de los eventos u objetos, sino que solamente se conoce nuestra propia percepción de estos (García, Moya y Rodríguez, 1997).

En la época de la ilustración se realizaron análisis con un carácter más estructurado en el que se proponían explicaciones a conceptos como la imaginación y la memoria, siendo una característica generalizada la ubicación de éstos dentro de procesos mentales. Las referencias hacia el alma se volvieron cada vez más escasas y parecían usarse con un carácter más poético pero aún poco diferenciado de la concepción de *mente*, cuyo uso y referencia iba en aumento.

Con el paso del tiempo diversos campos científicos fueron creciendo y descubriendo nuevos fenómenos, en la historia de todas las ciencias la casualidad ha sido un factor común para que se comience a investigar un determinado tema o se descubran ciertos fenómenos que no habían sido observados. Las primeras explicaciones científicas brindadas a aspectos considerados psicológicos también fueron producto de la casualidad.

A mediados del siglo XVIII Jan Swammerdam coloca un alambre a la pata de una rana y por accidente lo acerca a una placa de cobre, descubriendo que los músculos de la pata del animal se contraían al pasar esto. Con este descubrimiento se postula que la electricidad tiene alguna relación con el movimiento del cuerpo, pero no es hasta 1791 cuando se publica un artículo de Luigi Galvani (1737-1791) en el que se explica que por mera casualidad se

descubrió que aplicando electricidad en el cerebro de una rana disecada los músculos de ésta se contraían, con lo que Galvani postula que el cerebro posee una electricidad inherente que es distribuida a través del sistema nervioso y que permite el movimiento de los músculos del cuerpo (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Gracias a este descubrimiento y a las investigaciones que generó posteriormente se logró la corroboración esta teoría, la cual atribuye la capacidad del movimiento voluntario al cerebro, al sistema nervioso y a la electricidad, virtud que hasta antes de esta época se le atribuía al alma o a alguna clase de espíritu.

Posteriormente otros investigadores hicieron aportaciones importantes en la investigación sobre el funcionamiento del cerebro y el sistema nervioso. Cada vez se comprendían mejor los procesos y las partes involucradas en la percepción y reacción ante estímulos, y toda esta información comenzó a ser retomada para explicar diversos procesos considerados psicológicos, los cuales iban desde el aprendizaje hasta enfermedades de la memoria. Las explicaciones brindadas para los procesos psicológicos estaban plagadas de referencias fisiológicas, por lo que ese campo era denominado psicofisiología (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Durante el siglo XIX en los países más desarrollados los científicos y filósofos eran libres de refutar o corroborar las propuestas explicativas que algún autor brindaba, arriesgándose únicamente a que su opinión no fuera tomada en cuenta o que fuera criticada.

La posibilidad de aportar nuevas perspectivas y teorías es un factor que enriquece sobremanera el desarrollo de cualquier ciencia o disciplina, o incluso el desarrollo de una nueva teoría. Pero, para evitar confusiones es necesario saber diferenciar qué campo de estudio es el que se vería beneficiado por una determinada propuesta, o si esa aportación no pertenece a algún campo de estudio específico y pudiera dar origen a una nueva disciplina o ciencia.

En esta época la psicología era un campo de investigación sin objeto claro de estudio. Algunos autores la comprendían como una rama de la fisiología, otros creían que era más pertinente asociarla con la filosofía y algunos otros afirmaban que era una disciplina independiente. Estas diferencias se debían principalmente a que no había un consenso sobre lo que la psicología debería tratar de explicar, podían ser los procesos y partes del sistema nervioso, la relación entre lo material y lo “espiritual”, o algo completamente diferente.

Gustav Fechner (1801-1887) demostró que el método científico podía ser aplicado a el estudio de los procesos mentales, específicamente estudiando la relación entre la sensación y la estimulación física, buscando comprender que tan intenso tendría que ser un estímulo físico para que pueda ser percibido por los sentidos. Estas investigaciones tenían la particularidad de aplicar el método científico para la comprensión de lo que se consideraba un proceso mental, la percepción (Davidoff, 1984).

Este evento es importante debido a que al aplicar el método científico en un aspecto considerado “mental”, se estaba aceptando la existencia de un ámbito independiente a lo físico o biológico, aceptándose el término de *mente* para denominar el aspecto central de este nuevo campo de estudio “científico”. Con todo esto, la psicología termina siendo la responsable de la difícil misión de analizar y explicar el ámbito mental.

1.5 Comienzo de la psicología moderna

En 1879 Wilhelm Wundt (1832-1920) funda el primer laboratorio de psicología con la firme creencia de que el trabajo de los psicólogos era investigar los procesos elementales de la conciencia humana y la relación existente entre estos y aspectos de otras ciencias (Davidoff, 1984).

Para lograr analizar la mente, específicamente la conciencia, Wundt planteó un método apropiado para esto, a la que llamó *introspección experimental*. Para Wundt la única manera de abordar la mente y sus procesos era analizando las propias sensaciones de una manera controlada y mediante términos objetivos, para esto se entrenaba el mismo y a sus alumnos destacados para poder explicar con certeza que era lo que percibían ante determinados estímulos, como lo era la exposición al sonido emitido por un metrónomo (Davidoff, 1984).

Edward Titchener (1867-1927) fue alumno de Wundt y continuó con el legado de su maestro definiendo las principales características del estructuralismo, en las que explicó que el objeto de estudio de la psicología es la conciencia humana, en particular las experiencias sensoriales y la memoria, siendo la introspección experimental el método más pertinente para lograr este objetivo. En el estructuralismo se buscaba comprender la manera en que se relacionan los elementos más básicos que conformaban los procesos mentales, localizando estos procesos dentro del sistema nervioso (Davidoff, 1984).

El estructuralismo comienza la lista de las posteriores propuestas psicológicas para dar un carácter científico al estudio de la mente. La psicología comienza como ciencia independiente teniendo como objeto de estudio el análisis de los procesos mentales humanos mediante una autoobservación “experimental”.

En contraparte a la prioridad que el estructuralismo le da a la producción de conocimientos teóricos el funcionalismo tiene como objetivo la producción de conocimientos aplicables, por lo que su característica principal es el pragmatismo.

William James (1842-1910) es considerado el fundador de esta escuela psicológica, cuyo objeto de estudio también era la conciencia, pero ocupándose en la funcionalidad de ésta. Se hacía evidente la influencia evolucionista, ya que se le daba vital importancia a las investigaciones sobre las cualidades y

capacidades mentales que permitían la adaptabilidad al medio (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Desde el marco teórico del funcionalismo se disparó la producción de las denominadas pruebas psicométricas, en las que se buscaba medir habilidades y brindar perfiles para lograr clasificaciones con base a resultados promedio (García, Moya y Rodríguez, 1997). De esta manera se hicieron aportaciones a diferentes ámbitos como lo son el escolar y el industrial, pero fue el ámbito militar el que dio mayor apoyo a este tipo de conocimiento aplicado, ya que entre 1914 y 1918 se vivió la Primera Guerra Mundial, y se volvió de mucha ayuda el poseer y desarrollar pruebas psicométricas que permitieran una mejor selección y clasificación de personal militar (Carpintero, 1998).

Aunque todavía las áreas de trabajo eran limitadas, los psicólogos empezaron a ser solicitados para la aplicación de pruebas en tribunales de menores, prisiones, escuelas, hogares infantiles, reformatorios, etc., ampliándose así el panorama de oportunidades laborales, dejando de ser solamente investigadores para pasar a utilizar su conocimiento de una manera práctica y útil, innovando y proponiendo diferentes formas para evaluar de una manera eficaz ciertos aspectos psicológicos de interés para la época.

1.6 La psicología soviética

En una época marcada por el surgimiento de diferentes propuestas “psicológicas” los soviéticos aportaban teorías con bases filosóficas muy particulares.

La psicología soviética tiene como principal exponente a Lev S. Vigotsky (1896-1934) quien influenciado por la filosofía dialéctica estaba en contra de las perspectivas materialistas y mecanicistas de carácter reduccionista que buscaban tener un riguroso control experimental. Desde este enfoque se entendía que el objetivo de la psicología era estudiar la actividad de la consciencia pero no

midiéndola ni antes ni después de un determinado evento, sino tratando de comprender el proceso que se da en ésta para el desarrollo de nuevas habilidades (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Se buscaba comprobar que las cosas no están definidas absolutamente, sino que pueden cambiar en función de transformaciones dialécticas. Este pensamiento es la base de postulados como la *Zona de Desarrollo Próximo*, el *Andamiaje*, la concepción que se dio sobre el lenguaje, entre muchos otros ejemplos.

1.7 Las tres grandes escuelas

Fue a finales del siglo XIX cuando surgieron las tres teorías sobre lo psíquico más grandes y reconocidas, el conductismo, el humanismo y el psicoanálisis, siendo probablemente esta última la más famosa y reconocida.

El psicoanálisis es una teoría llena de particularidades, desde la forma en que fue concebida hasta los alcances que ha logrado. Es muy común que cuando se habla de psicología se haga referencia al psicoanálisis, de hecho, en la cultura popular suele ser la referencia directa. A pesar de esta constante vinculación, actualmente los psicoanalistas explican que lo que ellos hacen no es psicología, sino algo diferente. Para comprender a que se refieren con esto solamente es necesario hacer una pequeña revisión a esta teoría para encontrar estas particularidades que la distinguen de cualquier corriente psicológica.

El padre del psicoanálisis es Sigmund Freud (1856–1939), quién ideó su teoría a través de un largo proceso que comenzó tratando de brindar una explicación científica para la neurosis y de este modo, poder deducir una cura.

Freud tenía una fuerte influencia positivista, sus explicaciones y concepción de la neurosis eran de carácter biológico y médico, pero como lo explica Jacobo (2005)

Freud termina siendo rebasado por su obra en el sentido que sus postulaciones adquieren un carácter muy distinto a lo que se venía haciendo en su época e incluso a lo que él mismo buscaba lograr.

Tanto era el interés de Freud por dar explicaciones científicas que ideó el término de *metapsicología*, el cual hace referencia a la propuesta en la que explicaba que los procesos psicológicos tenían una base fisiológica, por lo tanto, medible y comprobable, pero aclarando que aún no existía la tecnología capaz de aportar esa información (Jacobo, 2005).

Finalmente Freud creó una teoría muy compleja que expone las estructuras psíquicas y la manera en que estas se desarrollan. Los términos y técnicas que planteó siguen estando vigentes y son sumamente reconocidos, algunos ejemplos son la interpretación de los sueños, la transferencia, el complejo de Edipo, etc.

Para complementar esto Aguado, Aranda y Ochoa (1999) explican que el psicoanálisis es una práctica clínica cuyo procedimiento permite indagar en procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías. El psicoanálisis permite tratar perturbaciones neuróticas con base en la indagación del inconsciente, el cual es su objeto de estudio.

Lo que diferencia al psicoanálisis de muchas posturas psicológicas es la manera en que aborda al hombre. Jacobo (2005) explica que el psicoanálisis no comparte los fines de las ciencias naturales ya que este trata de comprender al mundo a través de métodos ideográficos y no por medio del método experimental. Al aceptarse el psicoanálisis como una disciplina que no busca ser científica se puede permitir abordar al ser humano desde una perspectiva diferente, tan es así que su objeto de estudio es el inconsciente.

No es de sorprenderse la constante vinculación del psicoanálisis con la psicología, actualmente aun no se ubica con exactitud el objeto de estudio de la psicología,

pero como algunas teorías lo ubican como algo interno o algo mental, es muy fácil relacionar esto con términos como el inconsciente y el consciente, pilares sumamente conocidos del psicoanálisis. Sin embargo los psicoanalistas son los primeros en aclarar que ellos si poseen una forma específica de tratar de comprender la realidad y un objeto de estudio bien delimitado, por lo que están fuera del conflicto sobre que es o que no es psicología.

En contraparte al psicoanálisis y todas sus particularidades epistemológicas aparece el conductismo, otra teoría emblemática de la psicología. Carpintero (1998) explica que al hablar del conductismo se hace referencia a una concepción muy particular sobre qué es realmente lo psicológico. El conductismo nace de manera formal a principios del siglo XIX y buscaba probar que la psicología podía ser una verdadera ciencia con un objeto de estudio claro y definido, el cual como su nombre lo anuncia es la conducta. Se trataba de hacer a un lado toda la ambigüedad y dificultad de análisis que provocaba el hecho de considerar a la mente y sus procesos como el objeto de estudio de una ciencia. La influencia evolucionista y su afán por pasar del nivel descriptivo que ofrecían otras teorías psicológicas a un nivel explicativo y predictivo, provocó en el conductismo la particularidad de la experimentación en animales, la cual fue y sigue siendo una pieza clave para la postulación y comprobación de sus teorías.

Ivan Pavlov (1849-1936) hizo un descubrimiento que fungió como base a la teoría psicológica que investigadores posteriores llamarían conductismo. Pavlov investigaba sobre las respuestas de las glándulas salivares y se encontró con que el reflejo de la salivación podía aparecer ante un estímulo diferente al que generalmente la producía.

De manera accidental Pavlov condicionó la respuesta reflejo de salivar ante un estímulo que no provocaba dicha respuesta. Antes de suministrarle alimento al perro con el que experimentaba sonaba un timbre, la respuesta natural del animal

era salivar al oler, ver o recibir el alimento, pero posteriormente Pavlov notó que el perro ahora salivaba con tan solo escuchar el timbre que sonaba antes de que se le diera el alimento (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Este descubrimiento recibió el nombre de condicionamiento clásico y es uno de los conceptos básicos manejados en la teoría conductual. John Watson (1878-1958) explicó que la psicología debía olvidarse de considerar a la mente o a la consciencia como objeto de estudio y que lo más recomendable era utilizar a la conducta como la base de las investigaciones psicológicas, ya que esta es observable, medible y por lo tanto posee un carácter objetivo (Sahakian, 1982).

Watson criticó la subjetividad de los resultados arrojados por la introspección y proponía el análisis experimental de las conductas, evitando dar oportunidad a juicios de valor mediante corroboraciones sistemáticas que finalmente permitirían predecir las conductas con base al conocimiento de los efectos de determinados estímulos (Sahakian, 1982).

Burrhus Skinner (1904-1990) es otro representante del conductismo, cuya principal aportación es el concepto de condicionamiento operante y todos los aspectos relacionados a este como es el reforzamiento positivo, negativo, los programas de reforzamiento, etc. Sus investigaciones se basaban en experimentos con animales en los que controlaba todos los factores ambientales posibles para lograr una mayor confiabilidad en sus resultados, esto lo llevó a la creación de la aun utilizada *Caja de Skinner* (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Con estas y otras aportaciones el conductismo buscaba darle un cambio radical a lo que se entendía por psicología, brindándole una base filosófica positivista, un paradigma (E-R) y el postular a la conducta como un objeto de estudio apropiado, ya que es observable y medible, características que permitirían a la psicología aportar información objetiva teórica y práctica. Pero su concepción de la psicología

no fue aceptada por otras corrientes y pasó a convertirse en otra de las “corrientes psicológicas” existentes hasta ahora.

Otra propuesta psicológica es el humanismo, la cual es definida por su creador Abraham Maslow (1908-1970) como la tercera fuerza en psicología, dejando en claro sus diferencias con el psicoanálisis y el conductismo, que para él serían las otras dos fuerzas.

La concepción del hombre como una entidad diferente a los animales la aleja de la perspectiva conductual y aunque pareciera tener algunas similitudes con el psicoanálisis su principal diferencia es la falta de estructuración que la teoría humanista presenta en su constructo teórico.

Los psicólogos humanistas tienen muy en claro sus bases filosóficas (existencialismo y fenomenología), la importancia de la autorrealización humana y que la psicología debe de buscar que las personas logren esa autorrealización, pero la forma en que esto se va a lograr hoy en día sigue siendo un aspecto de poca relevancia para esta teoría, de hecho, se aclara que no se busca tener técnicas específicas porque esto implicaría que existe cierta uniformidad en el modo en que se puede abordar al hombre, creencia que iría en contra de su concepción del hombre único e irrepetible (Davidoff, 1984).

El psicoanálisis, el humanismo, el conductismo y hasta la psicología soviética se desarrollaron de manera paralela principalmente a principios del siglo XX. Sus principios filosóficos, sus objetos de estudio, sus objetivos y su metodología eran y siguen siendo muy distintas entre sí, y sin embargo a todas se les denominan como psicología.

El solo hecho de que no se tenga certeza de si la psicología es, o debería de ser científica es un asunto que solo habla de la enorme confusión que existe en relación a que es esto que se llama psicología.

1.8 Evolución y fusión de teorías

Las diferentes teorías y corrientes psicológicas mostraban aciertos y fallas, tanto en la teoría como en la práctica, dejando en claro su utilidad explicativa o empírica para ciertos campos y sus dificultades al abordar otros. Generalmente la epistemología de cada teoría es la que marca el límite o la dificultad con la que podrá abordar determinada temática, y son precisamente estas fronteras y complicaciones explicativas las que provocan la fusión de teorías con el afán de compensar lo que por algunos pudiera ser considerado como un hueco en la teoría (Carpintero, 1998).

Actualmente existen dos importantes perspectivas teóricas que retoman aportaciones realizadas por teorías anteriores pero que son muy diferentes entre sí, estas son la teoría cognitivo-conductual y la interconductual.

La teoría cognitiva-conductual retoma los planteamientos conductistas pero le agrega el estudio de las cogniciones, considerando que los procesos mentales son fundamentales para la comprensión del ser humano, siendo posible abarcar aspectos como las emociones, los pensamientos y la consciencia, los cuales eran términos rechazados completamente por el conductismo, la corriente dominante en Estados Unidos.

El método que se utiliza en esta teoría hace referencia al positivismo lógico, ya que se hacen inferencias sobre la existencia, cuantificación, estructura y procesos de variables que no pueden observarse apoyándose en variables observables como el estímulo y la respuesta (García, Moya y Rodríguez, 1997).

Algunos autores representativos de esta corriente son George A. Kelly (1905-1967), A. Bandura (1925) y A. Beck (1921) quienes defendieron la importancia de retomar a las cogniciones como objeto de estudio de la psicología pero sin dejar a un lado los avances obtenidos en la investigación conductual. De cierto modo, el

tomar en cuenta a las cogniciones es una forma fácil de explicar aspectos a los que el conductismo no podía dar una respuesta satisfactoria.

1.9 El interconductismo

La teoría interconductual tiene una serie de implicaciones que la diferencia de otras corrientes psicológicas que tratan de comprender el comportamiento de una manera “objetiva”.

Kantor (1980) explica que el interconductismo surge como una propuesta para investigar los eventos psicológicos evitando en todo lo posible cualquier interferencia de las tradiciones culturales, dejando de hacer uso de todos los constructos que no poseen correspondencia con los eventos a estudiar, como son la mente, ego, sensaciones, etc.

Para el interconductismo el objeto de estudio de la psicología deben ser las interacciones entre el individuo y su entorno evitando caer en explicaciones de carácter internalista, ya que la dicotomía mente-cuerpo ha sido un lastre para los avances en psicología, el cual se viene arrastrando desde tiempos de Descartes y no ha podido ser superado por otras propuestas teóricas que lejos de plantearse una restructuración epistemológica (como lo intenta hacer el interconductismo), continúan edificando constructos sobre una base filosófica y teórica débil llena de presuposiciones y tradiciones.

Kantor (1980) menciona que la validez de un sistema depende de su coherencia y congruencia, por lo que propone una serie de conceptos basados en la primicia de que cualquier hipótesis debe de realizarse por la interacción con los eventos y no por fuentes culturales no científicas, evitándose así la intrusión del mentalismo.

Para comprender mejor la teoría interconductual lo primero que debemos entender es su concepción del organismo como una entidad biológica que interactúa con su medio, el cual se encuentra lleno de “objetos estímulo”, los cuales, a diferencia de los planteamiento conductuales, no producen respuestas en el sujeto por si solos, sino que dependiendo de la “función de estímulo” será la “función de respuesta” del individuo.

Lo que determina la función de respuesta y la función de estímulo es la “historia interconductual”, que no es otra cosa que el cúmulo de interacciones a lo largo de la vida del sujeto, las cuales han servido como un marco en el que es más probable un determinado contacto funcional. Ribes (en Guevara y Mares, 2001) mencionan que la historia interconductual es un cúmulo de funciones de respuesta y de estímulo desarrolladas previamente por el organismo y que se vuelve un factor determinante en el tipo de contacto que el sujeto realice ante determinados parámetros.

Las funciones de respuesta y de estímulo siempre se encuentran en un medio de contacto determinado, el cuál es un conglomerado de condiciones fisicoquímicas y culturales que en conjunto con eventos o condiciones particulares pueden afectar la interacción de manera indirecta, estos eventos pueden ser de carácter orgánico o ambiental.

Ribes (en Guevara y Mares, 2001) mencionan que junto con el medio de contacto se encuentran los factores situacionales, que no son otra cosa que aquellos acontecimientos que están presentes durante una determinada interacción manteniéndose continuamente aunque de manera probablemente variable. Los factores situacionales como su nombre lo indica, hacen referencia a eventos que están presentes durante la interacción y que propician o desfavorecen determinados tipos de contacto entre el organismo y su entorno o con otro organismo.

Desde esta perspectiva teórica los significados de una palabra, objeto o acción variarán en relación a la función de objeto y función de respuesta que evoque en cada sujeto, ya que la historia interconductual y los medios de contacto en los que se dé la interacción son diferentes.

Ribes y López (1985) retoman lo expuesto por Kantor y desarrollan a mayor profundidad la teoría interconductual. Exponen conceptos como la función contextual, la suplementaria, la selectora, la sustitutiva referencial y la sustitutiva no referencial, que se refieren a diferentes formas de organización psicológica que van de lo más simple a lo complejo y permiten estructurar una teoría evolutiva de la conducta de cada individuo.

Ribes y López (1985) aclaran que estas organizaciones no se eliminan ni se superponen entre sí, sino que se mantienen en una constante integración en los diferentes eventos psicológicos del individuo. Esta integración es la muestra de la evolución psicológica, la cual puede ser comprendida identificando las funciones conductuales manifestadas durante el desarrollo del organismo en cuestión.

Las aportaciones de estos autores brindan un marco teórico mucho más específico para lograr comprender las particularidades y semejanzas de la interconducta de los organismos con su ambiente tomando en cuenta una gran diversidad de factores que pueden ir desde lo físico-químico hasta lo social pero sin confundir estos campos de estudio.

Ribes y López (1985) comprenden que existen cinco niveles diferentes de organización psicológica, la función contextual, la suplementaria, la selectora, la sustitutiva referencial y la sustitutiva no referencial, donde cada una de ellas involucra un nivel de complejidad mayor que la anterior, siendo la más sencilla la función contextual y la más compleja la función sustitutiva no referencial.

Es de suma importancia comprender que aunque un nivel de organización psicológica sea más complejo que el anterior (o anteriores), no por eso está desvinculado del mismo, sino que se logra una amplitud de la funcionalidad que el organismo poseía en los niveles anteriores, incrementándose el número de factores que se involucran en la interconducta del organismo con el ambiente.

El desligamiento de la funcionalidad meramente biológica es cada vez mayor mientras se avanza en los niveles de organización psicológica, lo que tampoco implica que los factores biológicos dejen de influenciar en la conducta, solamente significa que la conducta se verá determinada por una variedad de factores tan grandes que difícilmente será exclusivamente biológica.

El nivel de organización psicológica más básico es la función contextual. Su simplicidad radica precisamente en el hecho de que la respuesta emitida por el organismo es biológica, pero no es producida por el estímulo que originalmente la provocaría, sino que es condicionada a la presencia de otro estímulo, es por eso que se considera una función psicológica. Cuando se habla de una función contextual la respuesta emitida por el organismo tendrá particularidades que la diferenciarán de una respuesta de carácter meramente biológico, ya que gracias a una determinada relación espaciotemporal un estímulo ha contextualizado funcionalmente las propiedades del estímulo consecuente.

Carpio, Flores, Bautista, et al. (en Guevara y Mares, 2001) hablan de la función contextual y el desligamiento implicada en la misma, que es lo que le da el carácter psicológico y lo aparta de la biología por mencionar un ejemplo. Mencionan que en esta función la respuesta emitida por el organismo está desligada de las características fisicoquímicas del estímulo que biológicamente la provocaría, relacionándose entonces de manera contextual con algún otro estímulo que originalmente no provocaba dicha respuesta.

Es muy importante aclarar que en la función contextual el organismo no modifica o manipula algunas de las variables, solamente es reactivo ante la presencia de los estímulos que se han contextualizado.

El siguiente nivel es la función suplementaria, la cual se caracteriza porque el organismo pasa de ser reactivo a proactivo. En este caso el entorno es modificado o manipulado por el organismo, presentándose un mayor nivel de complejidad que en la función contextual, ya que existe una intervención directa dentro de los factores que se encuentran en el ambiente.

En la función suplementaria el organismo interactúa ante un determinado estímulo, realizando una conducta en la que manipula algunos de los factores involucrados en la situación interconductual. Esta acción es lo que la diferencia de la función contextual donde el organismo presentaba una respuesta que ni modificaba ni manipulaba los demás factores del entorno.

Respecto a esta función Carpio, Flores, Bautista, et al. (en Guevara y Mares, 2001) reafirman que la actividad del organismo es la que generará, cancelará, acelerará o demorará determinadas relaciones contextuales entre estímulos, definiéndose entonces a la función suplementaria como una relación contextual mediada por una determinada actividad del organismo.

La función selectora es el siguiente nivel de organización de la conducta y se diferencia de la función suplementaria porque el organismo no solo modifica y manipula el entorno, sino que lo hace con relación a determinadas variaciones ecológicas que propician una mayor variabilidad en la respuesta.

En esta función el organismo realiza una determinada conducta basándose en diferentes factores involucrados en la situación interconductual. Las diferentes posibilidades de respuesta por parte del organismo se incrementan en relación a

la diversidad de factores involucrados, por lo que se debe hacer una elección de la conducta con base a las opciones posibles.

Los siguientes niveles son considerados propios de los humanos ya que involucran el uso de un lenguaje estructurado y complejo, el cual sirve como marco referencial para que pueda darse una interacción.

El primero de estos niveles es la función sustitutiva referencial, la cual recibe ese nombre porque en ella se *sustituyen las relaciones de contingencia que implican las interacciones no lingüísticas con los eventos y personas* (Ribes y López, 1985, pag. 186). Esto quiere decir que los individuos al hablar del evento referente se desligan de las condiciones situacionales de dicho evento.

Es precisamente este desligamiento lo que da pie a que lo referido en un conversación sea poco preciso, ya que lo que se expone es solamente una representación de la interacción entre el referidor y el referido.

El último nivel lleva por nombre función sustitutiva no referencial, y tiene como principal característica un desligamiento casi total con respecto a las contingencias situacionales presentes, dándose una interacción entre el sujeto y eventos no presentes solo existentes por medio del mismo uso del lenguaje.

Es precisamente este desligamiento de la situación contingencial lo que coloca a la función sustitutiva no referencial en el nivel más alto de organización psicológica, llamándose “no referencial” por el hecho de tratarse de una interacción mediada por el lenguaje que se puede dar sin la necesidad de un referente.

El interconductismo plantea estos niveles de organización psicológica basándose en que tan desligada se encuentra la acción del sujeto de sus contingencias situacionales y si éste interactúa de manera reactiva o proactiva. Ribes y Lopez (1985) brindan estos y muchos más conceptos con el afán de plantear una

psicología libre de dualismo y así poder trabajar con una verdadera disciplina científica con un lenguaje, teoría y epistemología adecuada.

Así que una vez revisada de manera muy breve la historia de la psicología y algunos de los aspectos teóricos de la corriente psicológica desde la que se realiza esta investigación, es necesario comenzar a abordar algunas de las diferentes concepciones que existen sobre la homosexualidad, pasando desde la perspectiva biológica hasta la social.

LA HOMOSEXUALIDAD Y SUS DEFINICIONES

Para cualquier ciencia es de suma importancia que los conceptos que manejen sean completamente claros y específicos para evitar cualquier posible confusión cuando éstos sean utilizados. Los conceptos científicos tienen que ser específicos y especializados, pero ni en la biología ni en la psicología hay unanimidad sobre el concepto de homosexualidad, ya que en cada una de estas disciplinas existen diferentes teorías y conceptos, los cuales carecen en mayor o menor medida de claridad y veracidad.

La enorme confusión respecto al concepto de homosexualidad es preocupante porque no es un tema poco estudiado o caduco, por el contrario, es un tema de suma relevancia no solo en los últimos años, sino desde hace ya bastante tiempo. Existen muchas investigaciones de carácter biológico, psicológico y hasta social sobre la homosexualidad, y hasta ahora ninguna ha logrado que la homosexualidad deje de ser un concepto multívoco.

En este capítulo se revisan algunas de las diferentes concepciones sobre la homosexualidad que la biología y la psicología han aportado, y para dejar aún más en claro el estado de confusión en el que se encuentra este concepto, hemos integrado información muy general sobre la concepción social de la homosexualidad a lo largo de la historia. Con esto esperamos dejar bien en claro la falta de consenso respecto a este tema y hacer notar la necesidad de realizar un cambio sobre la forma en la que se ha venido abordando a la homosexualidad.

2.1 Concepción biológica de la homosexualidad

Sommer y Vasey (citados Cvorovic, 2006) explican que dentro de la biología la homosexualidad se comprende como una serie de comportamientos de carácter sexual como la penetración, el frotamiento genital, el simular la copula, el emparejamiento y el toque de genitales. Los autores aclaran que estos parámetros son muy subjetivos ya que generalmente el observador o investigador infiere la intencionalidad de las conductas con el fin de diferenciar las de carácter sexual de aquellas que pudieran ser simples juegos, demostraciones de autoridad, confusiones, etc.

Es evidente que esta definición carece de la objetividad y exactitud que la biología suele manejar en sus conceptos, pero si se toma en cuenta que los comportamientos y conductas no son precisamente el campo de la biología, no es de extrañarse que esta ciencia no presente una clara definición sobre la homosexualidad.

Soriano (2002) explica que la homosexualidad es concebida como el contacto sexual entre organismos del mismo sexo (definición aun más escueta que la antes mencionada), pero este autor agrega que esta clase de comportamientos se han presentado en diversas especies, no siendo una práctica únicamente humana. Aun sin una clara concepción sobre qué es la homosexualidad, la biología se ha aventurado a asegurar que esta se presenta en diversas especies, e incluso busca comprenderla y explicarla.

Gonzales de Alba (2003) en su libro "La orientación sexual" retoma los resultados de diferentes investigaciones de carácter biológico y fisiológico relacionadas a prácticas homosexuales en animales y los menciona a manera de ejemplos sobre la gran diversidad de prácticas sexuales en el reino animal.

Este autor menciona que los delfines machos presentan comportamientos homosexuales como el hecho de “masturbarse” frotando sus genitales contra el cuerpo de otro macho, al igual que diferentes especies de simios que no solamente frotan sus genitales contra alguno de sus compañeros sino que incluso llegan a la penetración, siendo ésta una conducta poco frecuente.

En los delfines, solamente los machos presentan estas conductas, mientras que en algunas especies de simios, las hembras también frotan sus genitales entre sí, e incluso alejan a los machos que intenten copular con la compañera con la que habitualmente realizan estas actividades.

También se menciona el caso de carneros que únicamente cortejan a otros machos e incluso los montan, llegando muy pocas veces a una verdadera penetración, ocurriendo algo muy similar con los gansos, que si bien nunca copulan, una vez que dos machos hicieron el ritual de cortejo e intentaron aparearse (siempre sin éxito porque ninguno de los dos asume la posición de la hembra durante el apareamiento) permanecen juntos como “pareja”, ya que la monogamia es una característica de esta especie.

Los casos mencionados son considerados por el autor como conductas homosexuales debido principalmente a que se involucra el contacto de genitales entre sujetos de la misma especie, pero como el mismo lo aclara, no es muy frecuente la penetración, sino la frotación. El categorizar estas conductas como homosexuales es muy fácil porque la misma definición de homosexualidad ofrecida por la biología es poco específica y subjetiva.

Pareciera ser que las investigaciones retomadas por Gonzales de Alba (2003), e incluso el mismo autor, comprenden como acto homosexual al contacto de “carácter sexual” entre congéneres de la misma especie. Lo que involucraría un juicio de valor por parte del observador para identificar cuando se trata o no de un

contacto sexual, tal como lo mencionaban Sommer y Vasey (citados en Cvorovic, 2006).

Suponiendo que se buscara establecer un criterio aceptable para categorizar una conducta como homosexual tendría entonces que aclararse un sinfín de variables Kantor (1980). Algunas de ellas podrían ser el tiempo que debe durar dicho contacto, especificar si el contacto debe ser intencional, por casualidad, o ambas, tal vez la frecuencia con que se repita la conducta, en fin, son muchas las variables a especificar para siquiera acercarse a un criterio más o menos específico, pero este tipo de delimitaciones parecieran ser más similares a las realizadas por la psicología de corte conductual que por la biología. Esto no debe ser una sorpresa ya que como se mencionó anteriormente, la homosexualidad es entendida por la biología precisamente como una conducta, lo que no es el campo de esta ciencia.

De esta forma la biología sin comprender completamente qué es la homosexualidad se ha valido de parámetros psicológicos o sociales para hacerse de una definición, con la cual ha tratado de clasificar este tipo de conductas y estudiar los orígenes de las mismas (Sommer y Vasey citados en Cvorovic, 2006).

Soriano (2002) menciona que existen diferentes explicaciones biológicas para los comportamientos homosexuales entre las que se encuentran la hormonal postnatal, la hormonal prenatal, la genética y la neuroanatómica.

Las teorías hormonales explican que la heterosexualidad y la homosexualidad están determinadas por las cantidades de hormonas femeninas (estrógenos) o masculinas (andrógenos) que existan en nuestro cuerpo, ya sea desde antes de nacer o por algún desequilibrio posterior al nacimiento. Desde esta premisa las personas homosexuales tendrían menores cantidades de la hormona correspondiente a su género y mayores cantidades de la del sexo opuesto.

Se han realizado diferentes investigaciones para comprobar o refutar esta hipótesis, pero los resultados obtenidos carecen de uniformidad, ya que algunos investigadores han corroborado lo planteado por la teoría hormonal, otros no han encontrado significancia en los resultados e incluso, otro grupo de investigadores han encontrado resultados completamente contrarios a lo estipulado por esta teoría.

Desde una perspectiva genética se considera que la génesis de la homosexualidad es prenatal, estando relacionada a ciertas particularidades genéticas asociadas al cromosoma X aportado por la madre. Esta teoría tampoco posee una completa credibilidad ya que las diferentes investigaciones arrojan datos contrarios entre sí.

Finalmente la postura neuroanatómica explica que la homosexualidad se debe a un menor tamaño del área del hipotálamo llamada INAH-3, pero al igual que las otras teorías, posee muchas críticas por la poca confiabilidad de los datos y las fallas en la metodología empleada en las investigaciones que fundamentan la teoría.

Como es evidente, existen discrepancias teóricas en relación a la génesis de la homosexualidad, siendo la principal crítica que se les podría hacer a esta serie de investigaciones el hecho de tratar de analizar a la homosexualidad sin siquiera tener un concepto claro sobre ella.

Debido a estas complicaciones, las investigaciones de carácter biológico han tratado de ser lo más flexibles en relación a lo que se considera homosexual o no, esto precisamente por la amplitud de la definición de este concepto. Esta apertura ha provocado que las investigaciones de carácter fisiológico o biológico sean poco distinguibles de aquellas de carácter social o psicológico.

Un claro ejemplo de esto es la investigación realizada por Masters y Johnson (1979) sobre las diferencias fisiológicas y prácticas entre la actividad sexual heterosexual y la homosexual, con el fin de poder tener conocimientos empíricos sobre los factores involucrados en la satisfacción e insatisfacción sexual en ambas prácticas.

Estos autores explican que la homosexualidad es una práctica que consiste en realizar el acto sexual con personas del mismo sexo. Esta visión relacionada con la práctica es congruente con su sistema de selección de participantes, ya que utilizan *la clasificación de Kinsey*, en la cual los individuos se ubican a sí mismos en una escala del 0 al 6, donde 0 indica que solo se ha tenido prácticas heterosexuales. La clasificación 1 hace referencia a prácticas homosexuales mínimas completamente eclipsadas por la práctica heterosexual. La 2 implica una conducta homosexual superior a la de Kinsey 1, pero aún superada ampliamente por la práctica heterosexual. La 3 representa un equilibrio entre el número de prácticas homosexuales y heterosexuales. La 4 es aquel individuo con prácticas heterosexuales considerables pero menores que las homosexuales. La 5 habla de una práctica homosexual ampliamente superior a la heterosexual. Finalmente la 6 indica que esa persona nunca ha tenido contacto heterosexual.

Masters y Johnson (1979) comprenden que esta escala pareciera ser muy subjetiva, pero explican que es completamente adecuada, ya que a falta de una referencia tangible y comprobable, el factor más importante es la propia percepción del individuo sobre su preferencia en prácticas sexuales. La importancia de la preferencia de la persona radica en que estos autores buscaban conocer el grado de satisfacción que sus participantes percibían en los contactos homosexuales y heterosexuales, así que tenían que asegurarse de que sus participantes disfrutaban uno o ambos tipos de relación, es decir, que práctica sexual preferían y que diferencias aparecían entre ellas.

La importancia del trabajo realizado por Masters y Johnson (1979) para esta investigación no se basa en los resultados (no encontraron diferencias significativas entre ninguna clase de prácticas), sino en la forma en que estos médicos abordan la homosexualidad. Durante el desarrollo de su trabajo estuvieron conscientes de que no existe una referencia tangible que permita definir a alguien como homosexual o heterosexual, así que comprenden a la homosexualidad como una práctica sexual que puede darse en mayor o menor medida, o incluso no darse, todo esto dependiendo de lo que cada individuo considere placentero y atractivo.

La concepción de homosexualidad brindada por Masters y Johnson (1979) pareciera ser una aproximación más pertinente a tomar en cuenta como definición para este tipo de investigaciones, pero realmente dista bastante de lo que se esperaría de un concepto biológico o incluso fisiológico.

La biología no habla de un “estado” homosexual, sino de una conducta, la cual idealmente debería poseer una definición específica y objetiva de la misma, pero la información revisada nos muestra la poca claridad que la biología tiene en relación a la homosexualidad, siendo tal la confusión que ha recurrido a la psicología para poder brindar un concepto “más claro” de lo que sería una conducta homosexual, pero este apoyo interdisciplinario solo ha logrado antropomorfizar las conductas de otros animales y adjudicarle procesos “mentales” a conductas que debieron analizarse objetivamente.

2.2 Concepción psicológica de la homosexualidad

La psicología ha tenido un gran interés por abordar la temática de la sexualidad en general, por lo que las parafilias, las disfunciones sexuales y la homosexualidad son temas recurrentes en la historia de esta disciplina. Cada corriente psicológica

aborda la sexualidad con base a sus particularidades teóricas, filosóficas y metodológicas, presentándose así una gran variedad de perspectivas, las cuales no se mantienen inamovibles, sino que con el pasar de los años cada corriente cambia la forma de abordar este tema.

El conductismo y el psicoanálisis son las dos corrientes que se han adentrado más en la génesis y características de la homosexualidad (Soriano, 1999), brindando cada una sus explicaciones con base a sus postulados teóricos sobre el aprendizaje y el desarrollo de la persona.

El psicoanálisis explica que la heterosexualidad es el resultado de una infancia y adolescencia dentro de las regularidades, siendo la etapa edípica el proceso de estructuración del yo en el que se determinará la estructura base de la persona, que puede ser neurótica, perversa o psicótica, así como la inclinación sexual del individuo (Döör, 1990).

Realmente los textos psicoanalíticos se enfocan en brindar una explicación al porque de la homosexualidad más que al dar una posible solución. El psicoanálisis entiende a la homosexualidad como una divergente de la normalidad y aclara que solo existen dos posibles caminos, la homosexualidad o la heterosexualidad, por lo que la bisexualidad solo es tomada como una etapa de “confusión” en la que tarde o temprano el individuo se decidirá por una preferencia hacia el mismo sexo o hacia el sexo opuesto.

De este modo, la explicación brindada por el psicoanálisis radica en que la homosexualidad es producto de un desarrollo distorsionado de la estructura del sujeto, el cual se debe a que los padres no cumplieron con sus funciones de protección, cariño y aplicación de la ley. También se aclara que durante estos procesos de formación de la estructura psíquica del sujeto otros factores ajenos a los padres pueden llegar a desempeñar la función que le correspondiera a los progenitores en caso de que estos no la realizaran (Blasco, 1992), por lo que en

caso de presentarse la homosexualidad estos factores “compensadores” tampoco habría aparecido.

La percepción conductual hace referencia al aprendizaje del sujeto, por lo que a grandes rasgos se explica que los deseos y conductas homosexuales se deben a una serie de reforzamientos ante estos y/o situaciones aversivas vividas con el sexo opuesto (Soriano, 1999).

Esta comprobado que se puede condicionar una respuesta fisiológica u operante, que el condicionamiento puede modificarse con los programas pertinentes y que las conductas también pueden extinguirse, por lo que era evidente pensar que si la homosexualidad era producto de alguna clase de condicionamiento era posible condicionarse la heterosexualidad y extinguir las conductas homosexuales.

Soriano (1999) menciona que las terapias de conversión (que no eran más que programas de condicionamiento aversivo ante estímulos homosexuales) tuvieron gran popularidad a mediados del siglo XX sus métodos y resultados fueron grandemente cuestionados.

En primer lugar, la exposición a los estímulos aversivos como choques eléctricos o fármacos que inducían al vómito sufrieron críticas por su poca ética, por lo que se dejó de hacer de manera física y se procedió a pedirles a los participantes de estos programas que imaginaran dichos efectos.

De una u otra forma los resultados obtenidos no eran realmente significativos, ya que menos del 50% de los participantes mostraban una reducción en su conducta homosexual. Este término también ha sido causa de críticas ya que se cree que se confundía la práctica de conductas heterosexuales con una disminución del deseo o realización de prácticas homosexuales.

La satisfacción sexual de las personas que después de su tratamiento pasaba a la realización de prácticas heterosexuales tampoco fue un factor tomado en cuenta

en los resultados, la orientación sexual de los participantes no era completamente clara y no se realizaron seguimientos de los participantes para conocer la duración de los resultados.

Soriano (1999) explica que por estas razones las terapias de conversión dejaron de practicarse y se comenzó a realizar un cambio en la percepción de la homosexualidad, el cual estuvo originado por una revolución social en torno a este tema, la cual será abordada más adelante.

Continuando con las aproximaciones psicológicas hacia la homosexualidad, ya a finales del siglo XX Ardila (1998) menciona ésta se presenta en varias especies animales, pero que en los humanos se entiende por homosexualidad a los “pensamientos sexuales, sentimientos, fantasías y conducta sexual abierta que incluye personas (hombres o mujeres) del mismo género” (Ardila, 1998, p. 14). Se entiende entonces que la homosexualidad es la constante presencia de un conjunto de factores (pensamientos, conductas, fantasías, etc.) orientados hacia personas del mismo sexo. Esta definición se complementa cuando el autor se refiere a la homosexualidad como una práctica sexual.

Más adelante Ardila (1998) menciona que se podría denominar a alguien como homosexual o heterosexual con base en el género que le produzca mayor atracción afectivoerótica. De este modo, la persona que solo siente atracción afectivoerótica ante su mismo género podría denominarse como homosexual, la que lo siente únicamente ante el sexo opuesto podría llamarse heterosexual, pero aquellos individuos que sienten atracción afectivoerótica ante ambos sexos pertenecerían a la categoría de bisexual.

La forma de abordar la homosexualidad fue cambiando con el paso de los años y acorde con Masters y Johnson (1979) el primer error cometido por los psicólogos fue el describir a las personas definidas como homosexuales con los rasgos y características que observaban en sus consultorios.

Las personas que acuden al psicólogo o al psicoanalista generalmente lo hacen porque tienen algún conflicto, muchas veces estos conflictos nada tenían que ver con su homosexualidad, pero los análisis los terapeutas solían ligar sus problemáticas a la homosexualidad, ya siendo esta una causa o producto de otras circunstancias.

Esto resulta tan absurdo como el hecho de afirmar que los trastornos de los asesinos o secuestradores están ligados a su heterosexualidad. Master y Johnson (1979) se dieron cuenta de esta situación y comprenden que los psicólogos vieran en la homosexualidad la génesis o el resultado de otras problemáticas porque en esa época la homosexualidad era un trastorno, el cual no hace mucho tiempo apenas fue retirado del manual de clasificaciones mentales *Disorder and Statistical Manual of Mental Disorder (DSM)* de la American Psychiatric Association.

Rubio y Aldana (1994) resumen la historia de la homosexualidad y el DSM, explicando que en la primera versión de este manual la homosexualidad apareció como una desviación sexual provocada por un trastorno sociopático de la personalidad. En la siguiente versión del manual, el DSM II, se concibe a la homosexualidad como una desviación sexual, padecida por personas con trastornos de la personalidad y otros trastornos mentales, pero esta vez, se aclaraba que estos trastornos no eran psiquiátricos. Con la aparición del DSM III la homosexualidad pasó de ser un trastorno de la personalidad a un trastorno de la orientación sexual, refiriéndose solamente a los casos en los que la persona homosexual presentara ansiedad o inquietud por su orientación sexual e intentara cambiarla. Finalmente el DSM IV no contempla a la homosexualidad como un trastorno de ningún tipo.

Con este último ejemplo se hace evidente el peso que tiene el contexto histórico y social en el abordaje de la homosexualidad. Debido al cambio cultural en relación a la homosexualidad que poco a poco sigue creciendo, es que se comenzó un

cambio en la comprensión y análisis de este tema por parte de los fisiólogos, biólogos y psicólogos, quienes a grandes rasgos comparten la idea de que la homosexualidad no debe de tratar de curarse ya que eso iría en contra de un tratamiento ético hacia los deseos y gustos de la persona, los cuales cada vez son más aceptados socialmente.

Después de analizar lo expuesto por todos estos autores entendemos que existe poca claridad en torno a si la homosexualidad es una condición o es una práctica sexual. Algunos autores lo abordan como una práctica que puede alternarse con otras, otros la describen como una preferencia sexual sin especificar la constancia o relatividad de la misma y algunos dan una definición muy básica explicando que la homosexualidad es el deseo y contacto con personas del mismo sexo.

Entonces, no queda claro si la homosexualidad es una acción, una inclinación, o incluso ambas. Si la homosexualidad fuera una simple acción y no significara una preferencia por un sexo en específico entonces la heterosexualidad pasaría a ser analizada del mismo modo. De igual manera, si la homosexualidad dejara de ser vista como un “estado” entonces la sexualidad se compondría de diferentes prácticas.

Si la psicología no tiene en claro lo que es la homosexualidad, el explicar sus orígenes se vuelve un paso muy aventurado, en el que dependiendo desde que perspectiva psicológica se analice, la génesis se adjudica a un trauma, al pasar por una serie de eventos que “desviaron la naturalidad”, a una distorsión cognitiva o, la más actual y popular explicación, una característica innata en la persona, lo que solamente nos habla de la cambiante y muy difusa comprensión que tiene la psicología sobre lo que es la homosexualidad.

Para tratar de comprender mejor este tema consideramos necesario hacer un análisis sobre la sociedad y su interpretación de la homosexualidad, ya que

finalmente, la sociedad es el marco en el que trabaja la ciencia y se desarrolla cada persona, así como un sinfín de conceptos.

2.3 Concepción social de la homosexualidad

Hasta ahora es claro que dentro de la biología y la psicología existen diferentes concepciones de la homosexualidad, lo que dificulta obtener una definición clara sobre este concepto. Para hacer la labor aun más complicada se aúna la concepción social sobre la homosexualidad, la cual no puede ser abordada sin tener en cuenta determinados factores.

En primer lugar hay que aclarar qué se entiende por sociedad. Según la Real Academia de la Lengua Española el concepto de sociedad hace referencia a una “agrupación natural o pactada de personas, que constituyen unidad distinta de cada uno de sus individuos, con el fin de cumplir, mediante la mutua cooperación, todos o alguno de los fines de la vida”.

Al referirse a agrupaciones naturales se habla sobre grupos de personas unificados por situaciones externas a acuerdos en común. Por ejemplo, el pertenecer a la sociedad inglesa puede ser producto de haber nacido en Inglaterra y convivir con otros ciudadanos de este país, en este caso no existe un acuerdo pactado para ingresar a ella pero si existen condiciones por pertenecer a la misma, pero dentro de la sociedad inglesa existen otras posibles divisiones.

La clase obrera de Inglaterra tiene características diferentes a la clase burguesa, estas características derivan en rasgos culturales propios y por lo tanto puede hablarse de sociedades diferentes, no en vano se habla de clases sociales. Esto demuestra que no se puede hablar de una sola versión social, sino que se tendrían que abordar las diferentes y muy variadas sociedades existentes al

menos en nuestro país, lo cual es un trabajo que alejaría esta investigación de sus objetivos.

No existe “una sociedad”, sino un conjunto de éstas que finalmente comparten determinados rasgos entre sí, pero, también grandes diferencias. Por poner otro ejemplo, los indígenas que habitan en México tienen rasgos culturales muy diferentes a los habitantes de la ciudad de México, sin embargo son considerados parte de la sociedad mexicana (o al menos eso se dice), por eso sería un error afirmar que una u otra concepción de la homosexualidad es la perteneciente a la sociedad mexicana.

Todo esto se vuelve aún más complicado cuando aparecen diferencias dentro de una sociedad que pareciera tener una cultura homogénea. Estos casos pueden darse por el efecto conocido como brecha generacional, siendo una diferenciación de creencias, costumbres y/o actitudes por parte de miembros más jóvenes del grupo. De esta manera un joven obrero mexicano podría tener una concepción diferente de la homosexualidad de la que tiene su abuelo o incluso su padre, quienes vivieron dentro de un mismo marco social.

Si estas diferencias son tan marcadas en una misma época histórica como la nuestra, si se hiciera una revisión o comparación entre las sociedades que se desarrollaron en diferentes épocas históricas la cantidad de diferencias sería enorme, más aun si se pusiera especial atención en las diferencias sobre conceptos particulares.

Soriano (1999) menciona que en la cultura griega la homosexualidad era muy común sobre todo en las personas con un mayor nivel cultural como es el caso de grandes filósofos, de quienes se ha dicho que mantenían relaciones homosexuales con sus discípulos más brillantes. Estos encuentros sexuales con sus alumnos no los ubicaban como blancos de críticas, de hecho se asumía con total naturalidad, ya que se sabía del goce que producían los debates y

discusiones que estos sostenían y no era de sorprenderse que se creara un vínculo más íntimo que el de maestro y alumno.

Rubio y Aldana (1994) describen aun más las relaciones homosexuales en la cultura griega y explican que estas relaciones se daban entre un hombre mayor (Erasta) y un joven (Eromeo) entre los cuales tenía que existir atracción sexual y admiración. En estas relaciones sexuales no se habla de sodomía ni de sexo oral como suele relatarse, sino que basándose en textos que hacen referencia a este tipo de contactos se describe una relación intercrural, en la que el Erasta colocaba su pene entre los muslos del Eromeo hasta alcanzar o no la eyaculación.

Sin embargo, los contactos homosexuales no privaban a los griegos de acercamientos heterosexuales. Soriano (1999) explica que si bien no se tienen registros específicos sobre las prácticas sexuales de la cultura griega si se entrevé la liberalidad en relación a esta temática siempre y cuando no se involucraran infidelidades, las cuales estaban penadas por las leyes griegas.

Sobre la homosexualidad en la antigua Roma, Rubio y Aldana (1994) mencionan que aunque durante mucho tiempo se creyó que este imperio castigaba esta práctica sexual, actualmente hay evidencias que confirman que si la relación no provocaba que el ciudadano romano descuidara sus labores y se llevaba a cabo entre un ciudadano romano (con el papel activo) y una persona de condición inferior el contacto homosexual no era ilegal.

Turiel (2006) habla de las costumbres registradas en América gracias a los escritos realizados por diversos conquistadores, quienes narran las relaciones en apariencia maritales entre personas del mismo sexo. Por ser esta situación un acto completamente inmoral para las personas provenientes del viejo mundo, generalmente estos encuentros finalizaban con el asesinato de estas personas junto con algunas otras o la separación de la pareja asignándoseles a la tutela de diferentes compañías.

Turiel (2006) menciona que lamentablemente no se tiene mayor información sobre este tipo de relaciones mayormente registradas en lo que hoy en día es Norteamérica porque precisamente las culturas que habitaban estas tierras fueron casi completamente erradicadas en vez de conquistadas. Pero lo que queda muy claro es que los demás integrantes de estas culturas no aislaban ni castigaban a las personas que llevaban una relación homosexual, ya que basándose en los informes de los conquistadores, estas parejas se desempeñaban en su sociedad de igual manera que las demás personas.

Otra cara de la moneda aparece en el pueblo hebreo, en el cual se consideraba a los actos homosexuales como pecados y su ley prohibía este tipo de relaciones. Si bien la Biblia menciona diferentes ciudades en las que había prácticas homosexuales (las cuales eran generalmente destruidas), no se hace referencia a casos específicos dentro del pueblo hebreo ni judío.

Turiel (2006) explica que la religión cristiana conservó la visión de la homosexualidad como pecado y la prohibió, por lo que cuando la popularidad de esta creencia religiosa fue en aumento, la homosexualidad comenzó a ser vista de manera general como algo “malo”. La cultura occidental se vio marcada por las creencias de las diferentes divisiones que aparecieron del cristianismo, y el castigo y repudio a la homosexualidad se mantuvo en cada una de ellas desde la época medieval hasta nuestros días.

Soriano (1999) menciona que actualmente se están realizando diferentes movimientos que buscan que las personas consideradas a sí mismas como homosexuales sean respetadas y tengan los mismos derechos que las que se denominan heterosexuales.

Rubio y Aldana (1994) explican que la génesis de estos movimientos podría fijarse en el año de 1864, que fue cuando Karl Heinrich Ulrichs su primer ensayo sobre el tema titulado *Estudios sociales y jurídicos sobre el enigma del amor entre hombres*

en el que criticaba los prejuicios sociales y castigos legales injustificados para las conductas homosexuales. Este tipo de publicaciones y declaraciones le costó persecución, veto y exilio. K. M. Benkert fue otro ejemplo de lucha a favor del cambio cultural que ubicaba a la homosexualidad como inmoral e incluso ilegal. En 1869 Benkert dirigió varias cartas en contra del Código Penal del Segundo Reich y con el paso del tiempo sus esfuerzos y los de Heinrich lograron la formación de asociaciones activistas como el Comité Científico y Humanitario.

Sus progresos se vieron truncados con la primera guerra mundial y completamente erradicados con el nazismo, es por eso que se suele considerara a los movimientos de 1969 en Nueva York con la aparición del Gay Liberation Front como la génesis de la liberación homosexual, pero en realidad es más un resurgimiento que un nacimiento.

En México esta clase de movimientos tienen como ícono a Nancy Cárdenas, quien crea el Frente de Liberación Homosexual en 1971 y organiza las primeras reuniones internacionales de lesbianas. Nancy continuó con la organización de diferentes grupos sin descuidar el aspecto informativo ante la sociedad, por lo que puso en escena la obra titulada *los chicos de la banda*, que propició que por primera vez en México los medios de comunicación hablaran abiertamente del tema de la homosexualidad.

En 1978 surgen dos grupos de suma importancia para que comenzara el cambio de la concepción mexicana sobre la homosexualidad, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria y Lambda. Estos grupos buscaban desmitificar estereotipos hacia las personas homosexuales, terminar con la discriminación, promover la autoaceptación, apoyar el movimiento feminista y brindar espacios para la expresión homosexual sin represiones sociales o legales.

Estos movimientos continúan en México y el mundo, y cada vez se hace evidente una mayor apertura hacia la homosexualidad en distintos grupos sociales, ya que

en ciertos países se ha pasado de la ilegalidad de actos homosexuales a la legalización de matrimonios entre personas del mismo sexo, pero esto no es una generalidad, aun existen países que penalizan el contacto homosexual y otros en los que si bien no es un delito, grandes sectores de la población agreden a personas que muchas veces ni siquiera son declaradas homosexuales pero que son consideradas así por los demás.

La poca claridad dentro de las mismas disciplinas científicas que abordan el tema de la homosexualidad provoca que los alumnos pertenecientes a un mismo grado escolar entiendan a la homosexualidad de maneras distintas, diferencias que se ven acentuadas por lo que han aprendido dentro de su marco social.

LA SEXUALIDAD Y SU DIVERSIDAD

La biología y la psicología han fallado al tratar de brindar una definición clara sobre qué es la homosexualidad y las concepciones sociales tampoco aportan claridad sobre el tema de la sexualidad, por el contrario, son demasiado contrastantes de un grupo social a otro, sin mencionar que frecuentemente estas definiciones se encuentran viciadas por conceptos arcaicos o mal definidos provenientes de las ciencias ya antes mencionadas.

A esta confusión generalizada aun falta agregarle una serie de “etiquetas” que suelen asociarse a la homosexualidad sin necesariamente estar realmente vinculadas. El transvestismo, el transexualismo, la bisexualidad y el amaneramiento son solo algunas de las múltiples definiciones que se le han dado a prácticas que difieren de los preceptos que la sociedad considera normales dentro de la sexualidad o del rol de género. Al igual que la homosexualidad las conductas asociadas a estos conceptos han sido vistas como aberraciones por algunas culturas, mientras que para otros grupos sociales han llegado a ser deseables. Con el paso del tiempo las culturas cambian y puede que estas conductas se acepten en mayor o menor medida que antes, pero sus discrepancias conceptuales son una constante en esta época.

A continuación abordaremos algunas de las prácticas que suelen relacionarse con lo que comúnmente se entiende por homosexualidad sin necesariamente tener un vínculo real con ésta, o incluso, sin ser una práctica netamente sexual.

3. 1 Heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad

Mc Cary y Mc Cary (1983) mencionan (a nuestro parecer muy atinadamente) que la homosexualidad y la heterosexualidad no se encuentran forzosamente separadas y tampoco constituyen comportamientos humanos radicalmente distintos. Los autores hacen esta aseveración explicando que a diferencia de lo que se suele creer las prácticas de carácter sexual que llevan a cabo las personas que se asumen como homosexuales no son muy distintas de las de aquellas que se consideran heterosexuales.

Al igual que las personas heterosexuales, los homosexuales refieren disfrutar de las variantes en la relación sexual como puede ser el mostrarse atrevido o el dejarse seducir adoptando una postura sumisa, ambos tienen preferencias por determinadas posturas o contactos sexuales refiriendo que existen otras prácticas que no les agradan y no harían aunque su pareja se los pidiera. Para dejar esto en claro explicaremos las características y paralelismos existentes entre la práctica sexual homosexual y la heterosexual.

Los homosexuales varones suelen denominar como *pasivo* a aquellos gays que durante el acto sexual son penetrados por su pareja, siendo entonces conocido como *activo* aquel que penetra a su compañero. El que exista la opción de ser penetrado o penetrar suele provocar dudas sobre cómo es que una pareja de varones homosexuales selecciona quien adoptará que rol, si se suele llegar a acuerdos para turnar la actividad activa o si es posible que dos homosexuales considerados activos o pasivos puedan tener un contacto sexual satisfactorio. Estas dudas son aclaradas por Masters, Johnson y Kolodny (1995) quienes explican que la mayoría de los homosexuales prefieren modificar su rol preferido (si es que lo tienen) dependiendo de la pareja con la que se encuentren, siendo el sexo oral y la masturbación las opciones más recurrentes en aquellos casos en los que las preferencias de los dos fueran incompatibles y se mostraran inamovibles,

pero esta rigidez es muy poco común en parejas homosexuales estables y solo un poco más recurrente en encuentros sexuales casuales.

Las personas heterosexuales no refieren realizar actividades muy diferentes de las que acabamos de mencionar, tanto en los encuentros casuales se ven limitados drásticamente por lo que alguno desea hacer o no, como en las parejas estables esta limitación es menor pero existente, registrándose practicas como el sexo anal, el sexo oral, el empleo de juguetes, etc. que son menos atractivas o rechazadas por algunos heterosexuales (Mc Cary y Mc Cary, 1983).

Tenemos entonces que a diferencia de lo que se podría pensar las prácticas sexuales de parejas homosexuales y de parejas heterosexuales no son tan distintas entre si. En ambos casos las parejas prefieren, evitan o rechazan determinados tipos de contacto sexual y se acoplan a la situación en la que se encuentran, no habiendo prácticas particulares o exclusivas de la homosexualidad o de la heterosexualidad, ya que incluso la penetración anal puede ser disfrutada y practicada por hombres heterosexuales ya sea a manera de masturbación o en compañía de su pareja, siendo una práctica que no involucra ninguna tendencia o latencia homosexual tal como lo explica Mantak (1999), quién incluso recomienda este tipo de actividades en parejas heterosexuales para que puedan abrir sus horizontes sobre el placer sexual, explicando que muchas prácticas eróticas no son abordadas por las implicaciones morales que pueden poseer.

Con este último ejemplo es aún más claro que no existen prácticas sexuales exclusivas para heterosexuales u homosexuales, siendo la moral o determinadas asociaciones culturales las que han dado pauta a catalogarlas como pertenecientes a una determinada preferencia sexual. Sin los criterios establecidos socialmente sobre qué actividades, gustos o papeles debe desempeñar cada género probablemente la diversidad sería más evidente de lo que ya es, no

solamente en relación a los contactos sexuales sino también en los roles de género.

Quizás el ejemplo más claro y recurrido sobre la indistinción entre el realizar prácticas sexuales asociadas a una u otra preferencia es la bisexualidad. Este concepto implica la integración de ambos comportamientos y es definida por Masters, Johnson y Kolodny (1995) como el comportamiento sexual en el que la persona no muestra una marcada preferencia por el contacto sexual con uno u otro género, sino que disfruta del contacto erótico de ambos.

En los capítulos anteriores mencionamos que la definición más genérica de homosexualidad es el contacto sexual entre individuos del mismo género, siendo ésta una definición referente a una acción y no a una condición o preferencia, de igual manera, la heterosexualidad posee esa misma definición básica teniendo como única diferencia que el contacto sexual es entre organismos de géneros opuestos. Siguiendo esta línea de definiciones referentes a meras acciones, la bisexualidad sería entonces el contacto sexual simultáneo entre tres organismos, dos del mismo género y un tercero del género opuesto. Esta definición resulta complicada de asimilar ya que generalmente a la homosexualidad, a la heterosexualidad y a la bisexualidad se les ha impregnado con este sentido de *preferencia sexual*, situación en la que el concepto de bisexualidad se entendería como la “preferencia” por ambos géneros.

Sobre esta situación Masters y Johnson (1979) son más específicos, y apoyándose en *la clasificación de Kinsey* aclaran que la homosexualidad se entiende como la completa preferencia sexual por el mismo género, siendo entonces la bisexualidad un estado intermedio entre la completa preferencia por uno u otro sexo, sintiendo atracción por individuos de un género u otro.

Un punto clave de esta definición es el uso de la palabra *preferencia*, ya que sin hacer referencia a esta o cualquier otra palabra que indique una determinada

inclinación o discriminación sería imposible definir a la bisexualidad como condición. La homosexualidad concebida como un determinado contacto más que como una condición es comprensible, ya que se puede hablar de un encuentro homosexual, pero como lo expusimos anteriormente, el hablar de un encuentro bisexual presenta complicaciones explicativas aun más complejas que la homosexualidad.

Teniendo como base que la diferenciación entre homosexualidad y bisexualidad está determinada por la preferencia o el nivel de discriminación entre uno u otro sexo, entonces se entiende que ambos conceptos son asumidos como condiciones, una en la que el individuo prefiere y realiza actos sexuales con personas de su mismo género y otra en la que no hay una preferencia o tendencia marcada hacia un género en particular. Aun entendiéndose de esta manera se presentan complicaciones al profundizar un poco más en el tema.

Masters, Johnson y Kolodny (1995) mencionan que en algunas ocasiones una persona que podía asumirse como bisexual terminaba llegando a la preferencia por un determinado género, también existiendo casos en los que ocurría lo contrario, una persona con una preferencia sexual marcada terminaba catalogándose como bisexual, incluso llega a suceder que de una preferencia específica se pasa a la bisexualidad y de la bisexualidad se termina en la preferencia contraria a la que se comenzó, ocurriendo casi siempre con un comienzo heterosexual.

Esto ha provocado que generalmente a la bisexualidad se le asuma como un estado de transición entre la homosexualidad y la heterosexualidad, razón por la que en la actualidad es común que los homosexuales suelen rechazar a aquellas personas que se denominen como bisexuales (Rubio y Aldana, 1994).

Sobre este rechazo y la situación de la bisexualidad en épocas recientes Masters, Johnson y Kolodny (1995) mencionan que en 1970 esta "condición" sexual era

considerada elegante dentro de determinados círculos sociales, considerándosele una sofisticación sexual, sinónimo de una mentalidad avanzada y abierta en la que rechazaban distinciones y se estaba abierto a la exploración de diversas formas de placer dejando de lado prejuicios sociales y estereotipos.

Si se observa a las estrellas de rock de aquella época, caracterizadas por su rebelión y transgresión de los estereotipos sociales, su vestimenta, su androginia y sus comportamientos, se hace notar esta intención por romper los esquemas de la masculinidad y femineidad, posiblemente producto de esta sofisticación con la que se veía la bisexualidad. Pero esta etapa terminó rápidamente gracias a la forma desmesurada en que aparecieron los casos de sida, volviéndose entonces la bisexualidad una condición que propiciaba el adquirir y transmitir esta enfermedad (Masters, Johnson y Kolodny, 1995).

Sin embargo es importante mencionar que las personas que se asumen como bisexuales refieren preferir un determinado tipo de parejas, con características particulares dependiendo el género del que se hable, ya que también suele considerárseles como personas hipersexuadas, situación que se da en la misma proporción que en aquellas consideradas homosexuales o heterosexuales (Ardila, 1998).

Tenemos entonces que a diferencia de la homosexualidad, la bisexualidad difícilmente puede hacer referencia a un acto, sino que se entiende como una condición, la cual se caracteriza por la falta de una marcada preferencia entre el contacto sexual con un género u otro. No se tienen pruebas contundentes sobre si es o no un estado de transición o confusión antes de llegar a una preferencia homosexual o heterosexual, rechazándose entonces las creencias de que una persona bisexual terminará siendo homosexual. Al final se comprende que una persona que busca y tiene encuentros homosexuales no necesariamente entra en

la autocatalogación de homosexual, lo que es prueba de la subjetividad y complejidad de este tema.

3. 2 Otras formas de sexualidad

Ya hemos abordado a la homosexualidad, la heterosexualidad y la bisexualidad, los tres conceptos sexuales más recurrentes y con una tendencia cada vez mayor hacia la aceptación social. Ahora revisaremos algunas otras “formas” de sexualidad que suelen asociarse a la homosexualidad sin necesariamente estar realmente ligada a ella.

Una de las denominaciones generalmente ligadas a la homosexualidad es la transexualidad. Esto debido a la identificación del individuo transexual como perteneciente al sexo opuesto, situación que suele inferirse como característica de las personas homosexuales, siendo que en realidad es más común que la persona declarada como homosexual esté conforme con su sexo biológico (Masters, Johnson y Kolodny, 1995).

Romeu i Bes (1990) explica que la persona transexual sufre lo que se ha denominado como trastorno de identidad, el cual generalmente aparece desde la niñez y se manifiesta por la inconformidad del niño con su sexo anatómico, argumentando que cuando el crezca sus caracteres sexuales serán los del sexo opuesto. Este deseo se ve acompañado por el rechazo al rol de género que por su sexo anatómico sería el socialmente pertinente, buscándose el vestirse y actuar como el género opuesto.

Este autor explica que actualmente ninguna tipo de terapia ha logrado modificar estos deseos o pensamientos y lograr que la persona que sufre este trastorno se sienta identificada con su sexo biológico, por lo que al llegar a la etapa adulta este rechazo hacia su cuerpo es mayor, entendiéndose como “una persona atrapada

en el cuerpo de alguien más”, que es el argumento más recurrido por estas personas.

La transexualidad es la condición en la que el individuo con trastorno de identidad sexual ya no solo no se identifica con su género sino que busca cambiar las condiciones anatómicas que lo identifican como hombre o mujer para parecerse más al sexo opuesto (Romeu i Bes, 1990). Mc Cary y Mc Cary (1983) concuerdan y explican que el transexualismo se caracteriza por el desprecio hacia los genitales y el deseo de cambiarlos por los del sexo opuesto, deseo que generalmente pasa a la acción mediante la ingesta de hormonas o incluso intervenciones quirúrgicas para el cambio de sexo, las cuales logran cambiar la apariencia de los genitales para que luzcan como los del sexo opuesto. La apariencia es muy realista, pero generalmente son disfuncionales, principalmente los penes reconstruidos, ya que carecen de erecciones, a menos que se implante un dispositivo mecánico en el mismo, las vaginas reconstruidas en cambio no suelen tener complicaciones durante el acto sexual pero la sensibilidad no es la misma a la de una vagina natural y la reproducción es imposible.

Katchadourian (1983) y Mc Cary y Mc Cary (1983) concuerdan en que la persona transexual no siempre es o se considera homosexual. Hacemos la diferencia entre el ser y el considerarse no porque asumamos que se pueda saber quien es homosexual o no, sino porque es común que las personas transexuales no busquen el contacto sexual o afectivoerótico de ningún tipo, presentando una falta de deseo sexual, por así llamarlo, asexual. Estos autores también mencionan que es común que en los casos de personas transexuales que sienten atracción por sujetos del sexo al que biológicamente pertenecen no se consideran a sí mismos homosexuales, esto porque desde pequeños se entendían como pertenecientes al sexo opuesto, así que solamente estarían haciendo lo que para ellos sería una conducta heterosexual.

La confusión con la homosexualidad es que aunque los transexuales si tienen contacto sexual con personas de su mismo sexo biológico estos no se consideran parte de ese género, se asumen totalmente como del sexo opuesto, situación que no se da en los homosexuales. El que la percepción del individuo transexual sea importante y válida como para definírsele como homosexual radica de nueva cuenta en la subjetividad con la que se manejan estos términos. Algo similar pasa con la bisexualidad, donde situaciones de apreciación son claves para que el individuo entre en una u otra clasificación, y por tratarse de meras situaciones de apreciación indiscutiblemente están sujetas al cambio y esto provoca confusión respecto a si se está hablando de homosexualidad, bisexualidad, trastorno de identidad sexual o de algún otro tipo de contacto sexual.

Otra práctica sexual que puede involucrar el contacto erótico entre dos individuos del mismo género, pero que a diferencia de los términos antes revisados no presenta una definición escueta es la pederastia. Este concepto hace referencia al abuso sexual de un menor perpetrado por un adulto, sin hacer ninguna especificación sobre el género de la víctima o del victimario, dejando en claro que la importancia de este concepto radica en la existencia de un abuso sexual por parte de un adulto a un menor y no en el género de los involucrados.

El concepto de pederastia es muy concreto y se refiere a una acción enmarcada por una situación específica como lo es la edad de los implicados y el no consentimiento del menor. La pederastia no hace referencia a una atracción o gusto particular hacia los menores por parte de un adulto, sino a un evento específico (Cary y Mc Cary 1983).

Por su parte, la palabra pedofilia existe como la opción conceptual para hacer referencia a la preferencia de un adulto por el contacto sexual con menores sin especificarse el género de la víctima y victimario (Romeu i Bes, 1990). A diferencia de la pederastia este concepto implica el gusto o inclinación por un determinado

contacto sexual, abarcando el aspecto subjetivo que el primer concepto deja de lado. Esta especificidad se traslada de sustantivo a adjetivo, hablándose de un pedófilo al hacer referencia a aquella persona que tiene el gusto o preferencia por el contacto sexual con menores y de un pederasta para referirnos al individuo que comete estos actos sexuales pero dejando de lado la subjetividad de la preferencia o gusto por ellos.

El abordar la pedofilia y pederastia es importante por dos razones específicas, la primera es que son conceptos que si bien hacen referencia a la misma situación, se diferencian entre sí por la referencia que hacen a un evento en concreto (pederastia) o a una *filia* (pedofilia). En contraste, la homosexualidad y la heterosexualidad suelen utilizarse indiscriminadamente como una preferencia sexual o como un evento concreto, lo que entre otras situaciones ya mencionadas da pie a la confusión existente respecto a este tema, siendo la bisexualidad un caso parecido ya que solo hace referencia a una preferencia y no a un acto concreto. La segunda razón es que en ninguna de las definiciones de pederastia o pedofilia sea en su forma de sustantivo o de adjetivo se hace referencia o se especifica un contacto heterosexual u homosexual. Katchadourian (1983) explica que esto se debe a que en estos casos las definiciones están orientadas y construidas con propósitos diferentes, mientras en el caso de la pedofilia se habla de un deseo sexual hacia los menores por su condición de infantes y no por su género, en la pederastia se habla de un contacto sexual entre un menor y un adulto que puede darse por diversas causas, como el desconocimiento del agresor sobre la edad de la víctima o por la menor resistencia que puede ejercer un menor.

Finalmente, la persona que abusa de un menor de su mismo género llámesele pedófilo o pederasta no forzosamente es homosexual, o se asume como homosexual. Cary y Mc Cary (1983) ejemplifican esto diciendo que las personas que han referido solamente fantasear y desear eróticamente a menores suelen

decir que lo que les atrae no es el género de los niños, sino su inocencia y sus caracteres físicos poco desarrollados, mientras que las personas que han tenido encuentros sexuales con menores sin ser considerados pedófilos se asumen como heterosexuales u homosexuales aunque estos se presentan en menor medida.

Después de esto es evidente que el contacto sexual con menores posee una especificidad mucho mayor que las situaciones sexuales entre géneros opuestos o iguales. De igual manera, se comprende que en las situaciones de pedofilia no se presenta una clara homosexualidad o heterosexualidad porque el género del menor no es un determinante, siéndolo la misma condición de menor, situación que también aleja a la pedofilia de las concepciones sobre bisexualidad.

La diversidad de prácticas sexuales es muy amplia y no solamente hace referencia al contacto genital como puede ser la zoofilia, la necrofilia, el frotismo, etc. sino también a cualquier actividad que produzca excitación presentándose o no un contacto físico, como lo es el voyerismo, el fetichismo, el masoquismo, etc. (Katchadourian, 1983). Cabe resaltar que tanto personas asumidas como homosexuales o heterosexuales afirman haber realizado estas prácticas, explicando también que no son la única forma de contacto sexual que han ejercido o que disfrutaron (Masters, Johnson y Kolodny, 1995).

Existen muchísimos gustos, deseos, fantasías y prácticas sexuales que están fuera del marco heterosexual que comprende la intimidad entre un hombre y una mujer. Las posibilidades existentes para la sexualidad entre géneros opuestos son muy variadas, situación que no es ajena a otros tipos de contacto sexual o de erotismo, encontrándonos entonces con una diversidad de prácticas sexuales tan amplia que no es posible catalogarlas como exclusivas de una supuesta preferencia sexual.

Hemos encontrado que los homosexuales, bisexuales, heterosexuales y hasta pederastas llevan a cabo prácticas eróticas o sexuales en común, lo que evidencia aún más la falta de especificidad del concepto de homosexualidad, ya que independientemente de sus otras carencias conceptuales tampoco hace referencia a una serie de prácticas sexuales especificadas que lo diferencien de alguna otra preferencia sexual.

3. 3 Prácticas no sexuales asociadas a la homosexualidad

En la bisexualidad, la transexualidad y la pederastia entre otras prácticas sexuales se puede presentar el contacto de carácter homosexual independientemente de las situaciones que eviten que la persona se defina como homosexual o no, pero existen otro tipo de conductas que aunque no tienen nada que ver con un contacto sexual o erótico entre individuos del mismo género suelen asociárseles con la homosexualidad.

El amaneramiento y el transvestismo son palabras que comúnmente se ligan a la homosexualidad sin ser esto necesariamente cierto. Katchadourian (1983) explica que el amaneramiento suele referirse al comportamiento femenino realizado por un hombre, como la realización de determinados ademanes, el uso de prendas consideradas femeninas, ciertas expresiones, o incluso el uso de un tono de voz agudo. Sin embargo, este autor menciona que la orientación sexual no está definida por conductas amaneradas o masculinizadas ya que si bien hay homosexuales o grupos de estos que realizan estas conductas, no todas las personas que las llevan a cabo son homosexuales. Por si esto fuera poco, hay muchos homosexuales que no realizan estas conductas, e incluso las consideran de mal gusto, rechazando a aquellos que las practican.

En el argot de la cultura gay existen palabras como “reinas”, “locas”, “vestidas”, etc. las cuales son empleadas de manera despectiva para referirse a aquellos homosexuales que presentan actitudes demasiado femeninas o exageradas, ya que para algunos grupos de homosexuales estas son conductas vulgares. Existen también críticas hacia aquellos gays que se preocupan mucho por el físico buscando obtener un cuerpo musculoso y poniendo especial atención en su arreglo personal, ya que son considerados por otros homosexuales como demasiado superficiales. Este autor también menciona que las lesbianas no representan un grupo tan fragmentado como el de los homosexuales varones, pero que si existen críticas, siendo las más comunes aquellas que se realizan contra las mujeres que buscan un aspecto muy masculino.

Respecto al transvestismo Mc Cary y Mc Cary (1983) explican que se trata de un comportamiento en el cual el individuo encuentra placer (erótico o no) al vestirse como el sexo opuesto, diferenciándose del transexual porque el transvesti no lo hace por un deseo de convertirse al sexo opuesto, sino por el simple placer que le provoca el utilizar las prendas del género opuesto. Esta es la razón por la que a este comportamiento suele relacionársele muy íntimamente con el fetichismo si ser catalogado como tal. Estos autores dejan muy en claro que en la gran mayoría de los casos de transvestismo el individuo es heterosexual y no presenta ningún interés en el contacto homosexual.

Tenemos entonces que ni el amaneramiento ni el transvestismo son comportamientos exclusivos de las personas asumidas como homosexuales y que aquellas personas que sí lo son pueden o no realizarlas. Parece evidente la gran variedad de comportamientos y particularidades relacionadas al género y a la sexualidad, los cuales pueden fácilmente ligarse con alguna inclinación sexual la cual no siempre será aquella con la que la persona se identifique. Son muchas variantes las que tratan de determinar cuál es la preferencia sexual de un individuo, y todas ellas poseen una delimitación muy poco clara, al grado que los

deseos y opiniones de la persona en cuestión terminan siendo el argumento de mayor peso para poder decir que una persona es homosexual, heterosexual o bisexual.

Ya hace más de tres décadas Schraml (1977) explicaba que la homosexualidad está llena de matices, haciendo muy difícil establecer un patrón de conductas que pueda permitir la fácil identificación de las personas con esta inclinación sexual. Mc Cary y Mc Cary (1983) concuerdan con este autor diciendo que existen muchísimas variaciones sexuales y que dependiendo de la cultura o grupo social del que se hable, estas pueden considerarse como “fuera de lo normal” o “antinaturales”, esto provoca que no exista un límite claro entre los comportamientos o conductas que pertenecen o no a una determinada clasificación.

El voyeurismo, el exhibicionismo, el fetichismo, la felación, el masoquismo, el sadismo y muchísimas otras prácticas más son parte del amplio repertorio sexual que en mayor o menor medida las personas asumidas como heterosexuales, bisexuales u homosexuales utilizan a lo largo de su vida. Katchdourian (1983) escribió que *la vida sexual del hombre no consiste en tipos “puros” de conductas sino en combinaciones de varias actividades en varios momentos*, siendo esta amplia gama de conductas y apreciaciones lo que hace muy difícil etiquetar a alguien bajo alguna preferencia sexual. Obviamente existen casos en los que pareciera obvio y muy sencillo el calificar a alguien como heterosexual u homosexual, pero apenas se revisan situaciones con un grado de complejidad mayor, es decir, con más variables involucradas, se vuelve una tarea complicada y envuelta en la subjetividad, siendo esto una situación que no puede tener cabida en una psicología científica como busca ser el interconductismo.

PERSPECTIVA INTERCONDUCTUAL SOBRE LA HOMOSEXUALIDAD

En el capítulo uno se revisó la historia de la psicología con el fin de lograr comprender mejor como es que la psicología llegó a su estado actual, mostrándose la pesada carga que ha sido el lidiar con concepciones internalistas y dualistas que fueron mal planteadas desde siglos atrás y hoy en día continúan vigentes de manera obvia en ciertas teorías psicológicas o de manera implícita en algunas otras. Explicamos que dada esta situación el interconductismo surge como una teoría psicológica que busca deslindarse de esa tradición mentalista proponiendo el uso de un lenguaje, una investigación y una teorización de carácter científico, iniciando este proceso con la elección de un objeto de estudio que no involucre concepciones internalistas, por esa razón la psicología interconductual refiere estudiar a las interacciones entre el individuo y su medio ambiente, no hablando de pensamientos, cognición, emociones o concepciones por el estilo.

En los capítulos dos y tres hablamos sobre la homosexualidad y toda la confusión que implica este tema, desde la poca claridad y contradicción en sus definiciones (tanto biológicas como psicológicas) hasta las concepciones sociales que existen respecto a la homosexualidad y la forma en que esta pudiera confundirse con algunas otras prácticas de carácter sexual.

Finalmente, en este capítulo abordaremos las dificultades que presenta el uso del concepto de homosexualidad en psicología desde la perspectiva interconductual, lo que nos permitirá tener el último elemento para brindar una conclusión sobre la razón, el uso y el sentido del estudio de la homosexualidad en psicología.

4.1 Especificidad de conceptos

Kantor (1980) ya mencionaba que la psicología solo podría aspirar a ser una ciencia replanteando o eliminando muchos de los conceptos y perspectivas que a lo largo de su historia había venido manejando implícitamente. Este autor consideraba que aspectos como el basarse en una concepción mentalista, el uso de un vocabulario coloquial (y por lo tanto multívoco) y la formación de teorías cargadas de ideas preconcebidas culturalmente no tienen cabida en los lineamientos de una ciencia.

La especificidad de los conceptos es un aspecto de suma importancia en cualquier ciencia porque sin ella no se tiene la total certeza de que una determinada palabra siempre hará referencia al mismo evento o concepto. Esta falta de especificidad provocará irremediable que las investigaciones y teorizaciones sean demasiado subjetivas, ya que el significado de los conceptos referidos se volverá un asunto de apreciación. Una teoría basada en conceptos poco específicos será ambigua y dará lugar a investigaciones que arrojarán resultados poco objetivos, propiciando que la información que proporcionan cause aun más confusión respecto al tema que se aborde.

Queda muy en claro que en el ámbito científico queda estrictamente prohibido el uso de conceptos multívocos y mal definidos debido a la poca objetividad que esto representaría, siendo solamente admisible en teorías o disciplinas que no sean científicas. Respecto a la psicología en general García, Moya y Rodríguez (1997) mencionan que ésta ha tratado de organizar y actuar bajo los preceptos requeridos para ser considerada una ciencia como es la selección de un objeto de estudio específico, la aplicación del método científico y hasta el manejo de un lenguaje específico, pero como se revisó en el capítulo uno, la psicología se encuentra fragmentada por diversas teorías con características muy distintas entre sí, provocando que algunas cumplan en mayor o menor medida estas pautas.

La sexualidad en general y la homosexualidad de manera particular han sido temas de investigación comunes en la psicología (Katchadourian, 1983), o mejor dicho, en las psicologías. Las diversas aproximaciones existentes hacia la homosexualidad por parte de las diferentes teorías psicológicas han estado marcadas por la manera en que cada constructo teórico comprende su objeto de estudio y por la forma en que se le aborda.

Las corrientes psicológicas marcadas por la presencia de concepciones dualistas han presentado sus investigaciones en relación a la homosexualidad y a aspectos específicos como sus causas, sus características, sus implicaciones, sus consecuencias y en mayor o menor grado su normalidad o anormalidad. Desde la perspectiva interconductual el enfoque será completamente diferente comenzando por la crítica al uso y estudio de un concepto tan confuso y mal definido como lo es la homosexualidad.

En los dos capítulos anteriores revisamos la gran confusión respecto a la homosexualidad por parte de la biología, la psicología y la sociedad, dejando en claro que existe una gran discrepancia respecto a si es una condición o un comportamiento, si la intención del sujeto debe influir o no para hablarse de un contacto homosexual, si tiene una génesis prenatal o postnatal, si posee características propias e identificables, etc.

Todos estos aspectos nos dejan ante un concepto que dependiendo a quien se le pregunte o bajo que teoría psicológica se revise tendrá explicaciones que de manera general parecieran coincidir, pero al ser más específicos se hará evidente la gran variedad de apreciaciones y por lo tanto, el carácter multívoco que posee la palabra homosexualidad, situación inaceptable en un trabajo de orden científico.

Es por eso que desde la perspectiva interconductual antes de poder investigar y teorizar sobre cualquier aspecto de la homosexualidad primero tendría que definírsele concretamente, dejando de lado cualquier aproximación influenciada

por aspectos culturales que pueden ir desde moralidad hasta dualismo. Si se lograra este cometido, entonces podrían comenzarse a realizar investigaciones sobre las características de lo que sea que implique ese concepto, pero como no se ha logrado esta situación, el estudio de la homosexualidad como un concepto en particular no tendría cabida en la psicología científica propuesta por el interconductismo.

4.2 La Homosexualidad como conducta o como preferencia sexual

Como revisamos en el capítulo dos, existe una gran diversidad de conceptos que buscan definir de una manera precisa y objetiva el contacto homosexual, pero estas mismas definiciones se ven rebasadas por aseveraciones de los mismos autores que las brindan. Un ejemplo de esto es la definición de Soriano (2002) sobre la homosexualidad, definiéndola como el contacto sexual entre organismos del mismo género, dejando la palabra sexualidad sin ningún tipo de especificación. Ante esta situación lo más lógico sería asumir que por tratarse de una definición de carácter biológico se comprendería a la sexualidad meramente como la interacción reproductiva entre organismos (Gonzales de Alba, 2003), pero esto es imposible por el simple hecho de que la reproducción es imposible entre organismos del mismo género, es decir, mediante un encuentro homosexual.

Al igual que Soriano (2002) otros autores mencionados en el capítulo dos parecen concebir a la sexualidad de una manera particular al referirse a un encuentro homosexual. Dejan de lado la concepción biológica sobre esta palabra y parecen antropomorfizarla como sucede en las explicaciones de Gonzales de Alba (2003), quién maneja connotaciones similares a las que comúnmente manejamos en la vida diaria, incluyendo en la sexualidad acciones diferentes al mero acto reproductivo, como lo son las caricias, los besos o hasta el sexo oral, yendo aun más lejos de la concepción biológica de sexualidad al involucrar situaciones como

el “emparejamiento”, donde dos machos o dos hembras interactúan entre sí como lo harían un macho y una hembra con crías.

El primer conflicto conceptual respecto a estas definiciones es entonces la manera en que tratando de brindar un concepto de carácter biológico sobre la homosexualidad se termina alejándose de los aspectos objetivos y meramente biológicos para antropomorfizar conductas animales. La definición no es adecuada conceptualmente desde la perspectiva biológica en la que se pretende utilizar sin mencionar que la manera en que se aborda implica situaciones referentes a lo que se entiende por sexualidad humana.

Una de las partes rescatables de la definición ofrecida por Soriano (2002) es que hace referencia a una situación en concreto, a un contacto sexual, el cual si bien esta mal definido, no deja dudas sobre la intención de referirse a una acción o a un contacto específico. No se habla de una preferencia por esa forma de interacción, ni de un gusto exclusivo u ocasional hacia sus congéneres, solamente se habla de una conducta. Lo que hace pensar que la definición de homosexualidad implica una acción específica bajo circunstancias determinadas, como por ejemplo, la acción de penetración genital o manual entre sujetos de un mismo género, identificándose como acción a la penetración y como circunstancias específicas el hecho de que ambos sujetos sean del mismo género. Lo anterior es solamente una ejemplificación muy básica sobre la forma en la que la definición de Soriano (2002) hace referencia exclusivamente a un tipo de contacto.

Pareciera que el concepto de homosexualidad a pesar de implicar ciertas incoherencias podría manejarse o entenderse como una acción, siendo entonces más adecuado hablar de un encuentro o contacto homosexual más que de una homosexualidad, pero en nuestra investigación no encontramos esta aclaración por ningún autor, ya que generalmente se utilizaba la palabra homosexualidad de

manera indiscriminada para referirse a un determinado encuentro sexual o para hacer alusión a una preferencia sexual, situación que ocasiona una mayor confusión conceptual.

El antropomorfizar la conducta entendida como homosexual no solamente provoca el hacer uso de la palabra sexualidad fuera de un marco meramente biológico y objetivo, sino que pareciera llevar a los autores de este tema a asumir esta práctica como una especie de condición, como una preferencia más que como un simple encuentro. Ardila (1998) explica que a la homosexualidad se le considera como el gusto y deseo por el contacto sexual con individuos del mismo género, pero esta definición es solamente aplicable en los humanos, ya que solo nosotros podemos hacer referencia a situaciones como gustos o deseos. La existencia de grupos de personas que remiten preferir este tipo de contactos han llevado a manejar el término homosexualidad como una condición al menos en el aspecto psicológico, pero como se explicó en el capítulo dos, la biología se ha visto impregnada por estas apreciaciones al recurrir a la psicología para comprender y definir mejor a la homosexualidad, logrando únicamente una mayor confusión por parte de ambas disciplinas.

Queda entonces una ambigüedad respecto a si la homosexualidad es un determinado contacto sexual, si se trata de una condición o de una preferencia hacia un determinado encuentro erótico. Retomando la importancia de la especificidad en los conceptos de carácter científico, esta situación es un impedimento importante para poder asumir el concepto de homosexualidad como parte del vocabulario científico de la psicología interconductual.

4.3 Influencia social en los conceptos de homosexualidad

También en el capítulo dos se abordó la comprensión del ámbito social hacia el concepto de homosexualidad, encontrándose como era de esperarse que no existe ningún consenso social respecto a la homosexualidad, no solo por el hecho de que existen diferentes sociedades en todo el mundo y que cada una posee una perspectiva diferente respecto a este tema, sino porque aún dentro de grupos de personas consideradas parte de una misma sociedad la diferencia de opiniones y creencias es tan variada que la palabra homosexualidad termina remitiendo un significado diferente con implicaciones distintas dependiendo a quien se le pregunte.

Como se reviso en el capítulo tres las conductas que popularmente son asociadas a la homosexualidad no son exclusivas de las personas que se asumen como homosexuales. Todas las prácticas sexuales llevadas a cabo por homosexuales son también realizadas por otras personas que no se identifican con ese término, sino que se catalogan bajo otro calificativo, dejando en claro que la homosexualidad no goza de un patrón específico de conductas para que pueda considerársele una condición concreta en la que siempre se presentará el mismo comportamiento, situación que aleja a la homosexualidad de poder ser considerada seriamente como una condición.

La gran variedad de concepciones sociales e individuales que pudieran existir en torno a la homosexualidad es un indicador de tres situaciones específicas:

- 1.- La primera es que la cultura y el entorno social determinan el significado de eventos o conceptos para los individuos que pertenezcan a ella, pero esto es solo admisible en conceptos que carezcan de un significado específico, lo que nos lleva a la segunda situación.

2.- La palabra homosexualidad demuestra su realidad coloquial así como su estatus multívoco y poco serio no solo al referirnos a un ámbito social, sino que estas significaciones sociales o culturales han ido infiltrándose en las concepciones sugeridas y formuladas por la psicología y ahora también por la biología.

3.- Los puntos anteriores solo reafirman que sería un error que el interconductismo hiciera uso de esta palabra en un marco científico debido a su carácter multívoco. El estado actual de la palabra homosexualidad no la pone en condiciones de ser considerada parte del vocabulario de la psicología interconductual.

La homosexualidad está viciada por la influencia social desde los primeros intentos por explicarla o definirla, ya que ha ido cambiando su forma de aproximarse a este evento, siendo considerada un trastorno psicológico y una anomalía en aquellos tiempos en los que la sociedad era más conservadora, pero conforme los tiempos han ido cambiando y los movimientos gays han ido progresando, curiosamente la perspectiva ha cambiado y ahora se le ve como un asunto libre de connotaciones negativas o alusiones a trastornos.

No se está juzgando lo negativo o positivo de este cambio o de una u otra postura, sino la remarcada presencia (en ambos casos) de aspectos subjetivos y por lo tanto, de la falta de objetividad y claridad en la definición y concepción de homosexualidad.

4.4 Desarrollo de las funciones

Entendiendo que el concepto de homosexualidad carece de especificidad y no remite a una situación, conducta, comportamiento o interacción en particular, la teoría interconductual abordaría esta temática desde una perspectiva sumamente

general, del mismo modo que podría hacerlo con cualquier otra clase de interacción.

Apegándonos al contacto sexual como una interacción, sea cual sea el objeto u organismo sobre el cual se lleve ésta a cabo, entonces es necesario entender lo que es una función y como se da su desarrollo. Kantor (1980) explica que la función no es otra cosa que la forma específica en que un organismo interactúa con el ambiente, siendo que en estas interacciones se ven involucrados diversos aspectos, que van desde las características del entorno hasta las mismas respuestas del organismo.

Ribes y López (1985) profundizan más y explican que existen cinco diferentes tipos de funciones específicas, la función contextual, la función suplementaria, la función selectora, la función sustitutiva referencial y finalmente la función sustitutiva no referencial, las cuales ya abordamos y explicamos en el capítulo uno en el apartado del interconductismo.

Cada una de estas funciones posee sus particularidades y su nivel de complejidad, entendiéndose que las funciones más complejas no son independientes de aquellas más básicas sino que se habla de un desarrollo psicológico que puede ser representado como un espiral más que como una pirámide, donde los procesos son continuos y recíprocos.

El desarrollo de estas funciones, es decir, el desarrollo psicológico, se moldea a través de toda la vida del organismo teniendo como marco de posibilidades de cambio su medio de contacto. Las primeras interacciones en la vida del organismo son el comienzo de la historia interconductual, la cual es el cúmulo de funciones de respuesta y de estímulo que el organismo va acumulando a lo largo de su vida y serán una pieza fundamental para el desarrollo de funciones más complejas y la manera en que sus interacciones se llevarán a cabo (Ribes en Guevara y Mares, 2001).

Dentro de los puntos a tomar en cuenta para el desarrollo de las funciones se encuentran los factores situacionales, que son aquellos eventos que se encuentran presentes durante la interacción y que favorecen o desfavorecen un tipo de contacto en específico y que terminan afectando toda la interacción (Ribes en Guevara y Mares, 2001).

Tenemos entonces que la interacción más básica entre un organismo y su entorno está determinada por los factores situacionales (que pueden ir desde aspectos biológicos hasta fisicoquímicos), por el medio de contacto y en interacciones posteriores, por la historia interconductual. Esta gama de factores a tomar en cuenta son los que determinan la forma en que el organismo interactúa con otros seres o con su entorno, es decir, determinan las funciones de respuesta. Entendemos entonces que el desarrollo de gustos, de ideologías, de miedos, de placeres, de culpas y de cada manera de interactuar que poseemos como individuos ha venido moldeándose a lo largo de nuestra vida, la cual si bien puede compartir determinadas situaciones, como el nacer en una misma cultura, religión o situación social, también ha tenido miles de particularidades dentro de esas mismas coincidencias en relación con las de otros sujetos, formando un individuo único.

De esta manera, el gusto por una determinada práctica sexual, por un género en específico o inclusive el no deseo por el sexo es una forma de interacción más en nuestro repertorio. Y aunque entre miles de personas existen coincidencias de gustos sexuales cada uno lo ha desarrollado y llevado a cabo de una manera particular por el simple hecho de que ningún sujeto está expuesto a las mismas y exactas condiciones que otro, es por eso que al hablar de homosexualidad encontramos una amplia gama de situaciones que no tienen una división clara con otras prácticas que pueden ser sexuales o no, causando precisamente la confusión en torno a este concepto.

No hay que confundir la especificidad que poseen las cinco funciones que Ribes y López (1985) describen en su libro *Teoría de la Conducta* con la aleatoriedad de las funciones de respuesta específicas que estas pueden originar en cada individuo. Cada una de las funciones antes descritas son procesos psicológicos específicos que han sido estudiados y analizados (Ribes en Guevara y Mares, 2001), entendiendo que pueden manipularse para obtener determinados resultados, esto teniendo control de las variables involucradas (ya antes descritas) en este proceso, pero en un ambiente natural, estas variables no son controladas, son aleatorias, por lo que las funciones de respuesta serían resultados particulares dentro de un esquema ya conocido y explicado por la teoría interconductual.

Hablando de la homosexualidad, estamos haciendo referencia a un evento que no podemos observar en este momento, un evento en el cual es posible que nunca hayamos participado, que probablemente lo hayamos visto, pero seguramente si hemos escuchado sobre él, siendo precisamente esta forma de acercarnos al evento la función sustitutiva no referencial.

Dada la poca especificidad del concepto de homosexualidad no es posible remitirnos a un evento concreto al hablar sobre ella, dándose entonces pauta a que la referencia sea simplemente una concepción que puede variar en interpretación. Es por eso que ratificamos que la homosexualidad no puede ser un concepto manejado por una psicología científica, al menos no en estas condiciones de subjetividad.

Es comprensible entonces que existan tan variadas apreciaciones sobre lo que es y lo que no es, lo que implica y lo que causa la homosexualidad, esto no solamente dentro de la sociedad, sino también dentro de disciplinas como la biología y la psicología, ya que finalmente, el hacer referencia a un concepto es un proceso psicológico (función sustitutiva referencial o no referencial) en el que se entiende

la facilidad con la que las interpretaciones pueden variar, más aun, si el concepto del que se habla no posee propiedades claras.

La existencia de la homosexualidad como un mero concepto es observable al analizar las diferencias existentes en torno a este concepto de una cultura a otra, como revisamos en el capítulo dos, algunas culturas desean y buscan el tener el contacto homosexual, otras siempre lo han condenado y en algunos casos, como lo es con la cultura griega, no existía una palabra para determinar lo que ahora podría entenderse como homosexual u homosexualidad. Tenemos entonces que el medio de contacto y los factores situacionales son aspectos generales que determinan la forma en que se apreciará o no este concepto.

La homosexualidad, como cualquier otra clase de encuentro sexual, de preferencia, de gusto o de simple acción puede ser abordada desde el interconductismo de la manera más simple en la que puede tomársele, como una interacción. Al no contar con un marco conceptual específico, la homosexualidad solo puede ser asumida como una interacción, la cual tendrá sus particularidades no por considerársele una condición específica, sino por tratarse de cualquier otra interacción que pueda ejercer un organismo, donde las particularidades del mismo organismo y su entorno determinarán la manera en que pueda ser comprendida y abordada.

CONCLUSIÓN

Los cuatro capítulos de esta investigación teórica tuvieron el objetivo de abordar y aclarar aquellos puntos que enmarcarían la situación real del concepto de homosexualidad. Una vez obtenida y revisada esta información es posible realizar un análisis pertinente sobre el uso, sentido y razón del concepto de homosexualidad en una psicología de carácter científico como lo es la teoría interconductual.

Como resultado de lo recapitulado en el primer capítulo entendemos que las diferentes teorías psicológicas actuales están influenciadas por las concepciones dualistas formadas siglos atrás y que increíblemente siguen siendo asumidas como realidades indiscutibles, al grado que conceptos tan ambiguos como cogniciones, procesos mentales y hasta sentimientos son asumidos como objetos de estudio de diversas teorías psicológicas.

Esta influencia dualista adentrada en la misma epistemología y paradigma de tantas corrientes psicológicas tiene como resultado una aproximación subjetiva a la realidad por parte de éstas, situación que si bien es completamente aceptada y elogiada en ámbitos como el arte, no tiene cabida en una teoría científica porque estaría brindando explicaciones e información cuya veracidad estaría sujeta a la percepción particular y no a la comprobación objetiva y generalizada.

Realidad del concepto de homosexualidad

El hecho de que en la psicología se asuman como realidades conceptos de carácter social o hasta religioso como lo es el dualismo, hace cuestionarnos que otras concepciones o eventos con estas características han sido erróneamente

abordados o aceptados como parte de un vocabulario científico. El uso del método científico sobre un evento en particular no quiere decir que dicho evento tenga cabida en una realidad científica, principalmente porque la ciencia exige especificidad en los conceptos que utiliza, y si el evento o concepto estudiado carece de este vital requerimiento no se puede hablar de un verdadero proceso científico.

Teniendo al concepto de homosexualidad como una incógnita respecto a su verdadera importancia dentro de un vocabulario científico en la psicología nos dispusimos a contrastar concepciones respecto a esta palabra desde tres ámbitos diferentes, la psicología, la biología y la psicología. Encontramos que las definiciones son escuetas, no concuerdan con la manera en que se emplean, son distintas hasta dentro del mismo ámbito y suelen combinarse para tratar de explicar mejor la homosexualidad, solo logrando una mayor confusión.

Para entender mejor la confusión existente solo hay que desarrollar la concepción de homosexualidad más general por parte de la biología, la cual es expuesta por Soriano (2002) y entiende a la homosexualidad como un contacto sexual entre organismos del mismo género.

Tenemos entonces que la homosexualidad hace referencia a un contacto, es decir a una acción. Con esta aseveración se deja de lado cualquier referencia a una preferencia, a una condición o a un comportamiento, pero extrañamente esto no es respetado y otros autores e incluso el mismo Soriano hacen referencia a la homosexualidad de una manera distinta a la de una simple acción tal y como lo expusimos en el capítulo dos de esta investigación. La primer problemática es entonces la falta de apego a una definición y la diferencia de posturas respecto a si debe entenderse como una conducta o como algo más estructurado como lo puede ser un comportamiento.

La segunda incongruencia es el uso del término sexual para definir un contacto que esta fuera de los parámetros de la reproducción. La biología entiende a la sexualidad como el comportamiento con fines reproductivos, pero queda muy claro que los contactos entre congéneres no tienen ni podrán tener ese fin, por lo que siendo muy quisquillosos el uso de la palabra “sexual” no es adecuado para definir el contacto homosexual.

Como lo expusimos en el capítulo uno, muchos autores evaden la situación anterior sobre la incongruencia de la palabra “sexual” en la definición de homosexualidad siendo ellos mismos quienes especifiquen la manera en la que comprenden la sexualidad. Lo más recurrente en estos casos es antropomorfizar conductas animales y hacer inferencias sobre deseos, gustos o hasta la existencia de relaciones de pareja.

Prácticas eróticas humanas se vuelven parte de las conductas consideradas como homosexuales en los animales, siendo esto el equivalente a afirmar que un mono quiere escribir una carta porque con una vara realiza garabatos en la arena. El antropomorfizar conductas animales no es algo que la biología haya hecho sin ningún apoyo, sino que en su afán por clarificar el concepto de homosexualidad recurrió a la psicología, disciplina que solo logro una mayor confusión.

Las preconcepciones nos hacen entender la realidad de la manera en que hemos aprendido sin realizar cuestionamientos, finalmente estaríamos viendo lo que queremos ver. Tal vez esa es la razón por la que la biología buscó acercarse a la psicología para comprender mejor la homosexualidad, finalmente los biólogos querían ver un acto homosexual en donde solo hubo una acción sin ninguna connotación especial, esto porque todos hemos estado en contacto con alguna definición sobre qué es y que no es homosexual, siendo estas definiciones generalmente de carácter social.

En la psicología ha ocurrido exactamente lo mismo, las concepciones culturales han tenido un impacto gigantesco en la teorización e investigación psicológica, por lo que no es de sorprenderse que la homosexualidad, que socialmente era visto como anormal, haya sido asumido como una verdadera anomalía digna de estudio y clasificación. Finalmente la selección del evento de estudio de cualquier investigación siempre estará limitada por las condiciones en las que se encuentre el investigador, ya sean sociales o de cualquier otro tipo, pero es la forma en que se aborda el evento y la objetividad y especificidad del mismo lo que determinará si se habla de un proceso científico o no.

Solo hay que observar la manera en que el tiempo y por lo tanto el cambio de las características sociales ha modificado la forma en que la psicología se aproxima a la homosexualidad. Conforme los homosexuales han avanzado en la aceptación social los estudios cambian sus aproximaciones y conclusiones hablando al principio de trastornos y desviaciones para terminar brindando diagnósticos “más amables”, para comprobarlo solo hay que ver la forma en que el DSM ha manejado la homosexualidad, siendo hoy por hoy un concepto fuera de este manual.

Utilidad del concepto de homosexualidad en la psicología

La biología ha sorteado los problemas de la subjetividad y las ideas preconcebidas, pero al abordar la homosexualidad pareciera haber caído en estas situaciones. La definición de homosexualidad puede ser necesaria para la biología y puede enfocarse en aspectos concretos y objetivos siempre y cuando se libere de la subjetividad que se le ha impregnado a la homosexualidad al abordarla sin antes dejar de lado todas las implicaciones sociales y culturales que la rodean.

La sociedad, o las distintas sociedades pueden hacer uso del concepto de homosexualidad de una manera muy distinta entre sí, debido a que no existe una definición específica y objetiva a la que puedan tener acceso, sin mencionar que las culturas tienen apreciaciones diferentes no solo sobre la homosexualidad, sino sobre la sexualidad en general.

Diferentes ámbitos o disciplinas podrían necesitar de una definición específica para referirse a la homosexualidad sean cuales sean los motivos, pero ¿la psicología realmente tendría que abordar a la homosexualidad como un evento a estudiar?

Como expusimos en el capítulo cuatro la psicología interconductual busca librarse de toda carga mentalista y subjetiva con el fin de ofrecer una psicología de carácter científico. Con todo lo que hemos revisado se entiende que para la psicología interconductual sería una contradicción y hasta un retroceso el enfocarse a estudiar un concepto multívoco y lleno de suposiciones de carácter social que se han asumido como verdaderas.

El interconductismo tiene como objeto de estudio a las interacciones entre el organismo y su entorno, es por eso que la razón que podría provocar el interés de esta corriente psicológica en la homosexualidad sería; en primer lugar, que este concepto fuera unívoco y específico, haciendo referencia a una interacción determinada, y segundo, que esta interacción poseyera características propias y generalizadas siempre que se presentara en algún organismo.

El primer requisito, que es la especificidad del concepto no existe en psicología y con la información recabada en nuestro capítulo cuatro quedó claro que las características que popularmente suelen adjudicárseles a personas o a simples comportamientos homosexuales no son únicos de quienes se asumen como homosexuales, sino que están presentes en personas asumidas con alguna otra

preferencia sexual e incluso no son del agrado de ciertos grupos de homosexuales.

Tan grande es la relatividad que involucra la homosexualidad, que probablemente la manera más acertada para saber si una persona es homosexual o no, no sea por sus comportamientos o acciones, sino por la forma en que el mismo se asume. Al revisar el concepto de bisexualidad encontramos que la persona es la que se asume como perteneciente a una preferencia sexual u otra, entendiéndose que finalmente la palabra homosexual, heterosexual o bisexual está más ligada a la manera en que el individuo se percibe que a una serie de interacciones específicas y particulares de lo que podría entenderse como una condición homosexual.

Tenemos entonces que para la psicología interconductual el concepto de homosexualidad no tiene cabida ni relevancia tanto en la teoría como en la investigación. Después de todo esto queda claro que para el interconductismo la homosexualidad no viene a ser más que cualquier otra interacción, como lo puede ser el escuchar un determinado tipo de música o disfrutar de un determinado estilo de lectura, ya que tanto en estos ejemplos como en la homosexualidad se habla la más probable ocurrencia de una determinada interacción con objetos situacionales específicos. La persona que se asume como apasionada de las novelas de ciencia ficción, presentará una mayor probabilidad de escoger leer un libro de esta índole que uno de otro género, es más probable que la persona asumida como “rockera” escuche una estación de radio de rock en vez de cualquier otra, de igual manera la persona asumida como homosexual tendrá una mayor probabilidad de interactuar erótica o sexualmente con otro individuo de su mismo género que con alguien del sexo opuesto.

En estos tres casos solo existe la presencia de una mayor probabilidad de interactuar con un determinado objeto situacional, en ningún momento se denotan

características específicas y particulares de estos individuos, tampoco habla de una inamovible y exclusiva interacción con este objeto por parte del sujeto y su supuesta “preferencia” lleva al sujeto a denominarse a sí mismo de algún modo, no siendo ésta una clasificación basada en algún criterio específico y estandarizado. Como se puede ver, solamente se trata de una interacción como tantas puede tener un ser humano.

Uso del concepto de homosexualidad en la psicología interconductual

Las diferentes condiciones a las que hemos estado expuestos a lo largo de nuestra vida son determinantes en nuestra forma de actuar. La psicología interconductual lo explica remarcando la relevancia de aspectos como las situaciones contingenciales, los objetos situacionales y la misma historia interconductual, que traducidos a un lenguaje coloquial se refieren a condicionantes como la cultura, la situación social, nuestras experiencias previas, etc. Estas condiciones delimitan la forma en la que interactuaremos ante un determinado estímulo, siendo esa la razón de que ante la palabra homosexualidad cada persona reaccione de una manera particular.

Si las condiciones en las que nos hemos desarrollado nos han hecho asociar o entender a la homosexualidad como un suceso extraño o anormal, digno de estudiarse, es muy posible, que el saber que una persona es homosexual también provoque reacciones similares, tal vez ocasionando el realizar suposiciones sobre el comportamiento de dicha persona, situación que en mayor o menor medida marcará la forma en la que interactuaremos con él.

A esta situación podría llamársele prejuicio, que no es otra cosa que una situación de carácter subjetivo que influye en la manera en que actuaremos frente a un determinado estímulo, siendo esto una variable inadmisibile en una investigación

científica o en una intervención tecnológica porque estaría determinando la manera en que comprenderemos un evento basándonos en concepciones poco específicas y subjetivas.

A lo largo de este trabajo hemos revisado las consecuencias de realizar investigación científica psicológica sobre la homosexualidad. Solo se ha logrado aportar información cargada de aspectos subjetivos ocasionando una confusión y discrepancia de ideas notoria, no solo en el ámbito de la psicología, sino que se ha extendido a otras ciencias como la biología. Finalmente, esta información es expuesta a la sociedad en general, por lo que solo se les brindan datos que lejos de aclarar el concepto de homosexualidad, mantienen una aproximación errónea hacia ella.

En el aspecto tecnológico las consecuencias son igual de importantes y evidentes. En la psicología interconductual no hay lugar para atribuciones valorativas, es decir, no se habla de conductas normales y anormales, buenas o malas, no enfocándose en la disminución de conductas que podrían asumirse como patológicas, sino en la identificación de conductas valoradas como problema (Díaz, Landa y Rodríguez, 2002). Es por eso que las preconcepciones asociadas a la homosexualidad alterarían el trabajo que el psicólogo interconductual lleve a cabo con su usuario en caso de que éste último se asuma como homosexual.

No solo hablamos del trato a la persona por parte del psicólogo, sino de la forma en que éste abordará la situación que el usuario le presente una vez que declare su homosexualidad. Puede confundirse con la raíz del problema, con un efecto del mismo o asociarse a otra problemática que reporte el usuario sin tener una relación directa con ninguna de ellas.

Entendemos que en la atención psicológica interconductual el que el usuario remita o no el asumirse como homosexual no debe tener ninguna relevancia especial en el análisis contingencial a realizar, asumiéndosele como cualquier otro

dato que pudiera dar el usuario. La dificultad radicaría en lograr que el psicólogo se librara de sus preconcepciones, pero si éste entiende la importancia de esto y la manera en que la psicología interconductual trabaja, no debe ser una tarea complicada.

Consideraciones finales

Finalmente, encontramos que la palabra homosexualidad no posee un sentido específico y que por lo tanto el uso del concepto homosexualidad no tiene cabida en esta teoría, ya que no cumple con los requisitos para acogerse como parte del vocabulario científico que se maneja. La manera en que se use en otras disciplinas debe de estar justificada por un propósito particular, pero con los datos expuestos en esta investigación teórica comprendemos que la psicología interconductual puede y debe prescindir de este concepto por las consecuencias negativas que implicaría su uso (en su estado multívoco actual) y por la incongruencia que involucraría el tratar de conceptualizar un evento que no posee características específicas y generales.

Con todo esto concluimos que no hay razón para que la psicología interconductual emplee el concepto de homosexualidad, por lo que el contacto sexual, erótico o hasta romántico entre individuos del mismo género solo puede ser visto como una forma de interacción más, mientras que la palabra homosexual solo podría ser comprendida como una etiqueta a la que cada individuo le adjudicará características que si bien pueden compartir generalidades no son iguales en detalles específicos y por lo tanto no puede asumirse como un concepto de relevancia psicológica en la teoría interconductual.

BIBLIOGRAFÍA

Aguado, H., Aranda, B. y Ochoa, B. (1999, febrero) El Método Psicoanalítico: Observaciones Sobre Algunas de sus Implicaciones. **Revista de Psicología Iztacala**. Vol: 2 (1) 75 – 90. Recuperado el 15 de julio del 2012 en: www.revistas.unam.mx

Ardila, R. (1998). **Homosexualidad y Psicología**. México: Manual Moderno

Aristóteles. **Acerca del alma**. Biblioteca Básica Gredos

Balderas, V. (2008). Capítulo 6, La Cristianidad latina en la Edad Media. **Cristianismo, Sociedad y Cultura en la Edad Media**. México: Plaza y Valdez.

Blasco, J. (1992, octubre) El estadio del espejo: Introducción a la teoría del yo en Lacan. **La Formación del Yo según Lacan**. Disponible en: <http://www.epbcn.com>

Carpintero, H. (1998). **Historia de las Ideas Psicológicas**. México: Pirámide

Carpio, Flores, Bautista, González, Pacheco, Páez y Canales (2001) Capítulo 2, Análisis experimental de las funciones contextual y selectora. En Guevara, B. y Mares, C. **Psicología Interconductual Avances en la Investigación Básica**. México: Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

Carrithers, M. (2010). **¿Por qué los humanos tenemos culturas?: una aproximación a la antropología y la diversidad social**. Madrid: Alianza

Contreras, B. (2001). **Conocer el Mundo Griego Platón y Aristóteles**. México: Andrés Bello

Cvorovic, J. (2006). Nonhuman Primates Homosexual Behavior: A Critical Review of Literature. **Antropología 2**. Vol: 2 (1) 82 – 93. Recuperado el 4 de septiembre del 2012 en: <http://www.anthroserbia.org/content/pdf/articles>

Davidoff, L. (1984). **Introducción a la Psicología**. México: Mc Graw Hill

Díaz, G., Landa, D. y Rodríguez. (2002). Capítulo 1, El Análisis Contingencial: Un Sistema Interconductual para el Campo Aplicado. En Guevara, B. y Mares, C. **Psicología Interconductual Avances en la Investigación Tecnológica**. México: Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

Döör, J. (1990). **Estructura y Perversión**. Argentina: Gedisa

García, V., Moya, S. y Rodríguez, D. (1997) **Historia de la Psicología 1 Introducción**. España: Siglo XXI.

González de Alba, L. (2003). **La Orientación Sexual, Reflexiones Sobre la Bisexualidad Originaria y la Homosexualidad**. México: Paidós.

Jacobo, M. (2005) Freud y la Ciencia: Algunas consideraciones Epistemológicas. En: Aguado, I., Avendaño, C. y Mondragón, C. **Temas de Introducción al Psicoanálisis**. (1 - 18) Argentina: Lumen

Kantor, J. (1980) **Psicología Interconductual**. México: Trillas

Kirkpatrick, R. (2000) **The Evolution of Human Homosexual Behavior, Current Anthropology**, 4(3), 285-415.

Katchadourian, A. (1983) Capítulo 2, Variaciones y desviaciones de la sexualidad humana. **Las Bases de la Sexualidad Humana**. México, D.F.: Continental

Larroyo, F. (2004) Descartes. La Duda Metódica. En: **El Cogito**. México: Porrúa.

- Mantak, C. (1999). Capítulo 2, Conócete a ti mismo. **El hombre multiorgásmico**. España: Neo Person
- Masters, H. y Johnson, E. (1979) **Homosexualidad en Perspectiva**. Argentina: Intermédica.
- Masters, H., Johnson, E, y Kolodny, C. (1995) Capítulo 2 Roles de Genero y Capítulo 16 Homosexualidad y bisexualidad **La Sexualidad Humana**. Barcelona, España: Grijalbo.
- Mc Cary y Mc Cary (1983) Capítulo 18 Homosexualidad, Capítulo 17 Variación sexual. **Sexualidad Humana de Mc Cary**. México, D.F.: Manual Moderno.
- Mora, H. (s.f.) Aristóteles: un enfoque previo para la comprensión de la psicología como actividad teórica. Recuperado el 18 de octubre del 2011 del sitio web: <http://www.incocr.org/biblioteca/0026.PDF>
- Ribes, I. (2001) Capítulo 1 Acerca del Interconductismo. En Guevara, B. y Mares, C. **Psicología Interconductual Avances en la Investigación Básica**. México: Facultad de Estudios Superiores Iztacala
- Ribes, I. y López, V. (1985). **Teoría de la Conducta un Análisis de Campo y Paramétrico**. México: Trillas.
- Rubio, A. y Aldana A. (1994) La expresión homosexual del erotismo. En: **Antología de la sexualidad humana**. México: Porrúa.
- Rumeu i Bes, J. (1990) **Trastornos Psicológicos en Pediatría**. Capítulo 2 Entidades nosológicas, trastornos sexuales en la infancia. Barcelona, España: Doyma.

- Sahakian, S. (1975). Panorámica de la Historia de la Psicología Antigua. **Historia y Sistemas de la Psicología**. Madrid, España: Tecnos
- Sahakian, S. (1982). **Historia de la Psicología**. México: Trillas
- Schraml, J. (1977) **Introducción a la Psicología Moderna del Desarrollo**. Barcelona, España: Herder
- Soriano, R. (1999). **Cómo se vive la homosexualidad y el lesbianismo**. España: Amarú
- Soriano, R. (2002). Origen y Causa de la Homosexualidad. **CODHEM**. Vol. 2:(1) 71 – 81. Disponible en: <http://www.juridicas.unam.mx>
- Turiel, E. (2006). The development of morality. En Damon, W. y Eisenberg, N. **Handbook of child psychology, Volume 3: Social, emotional, and personality development**. New York: Wiley
- Zagal, H. (2008) **Ensayos de Metafísica, Ética y Poética: Los Argumentos de Aristóteles**. Navarra, España: EUNSA